

## El poblado vacceo de Las Quintanas, Padilla de Duero (Valladolid): Aproximación a su secuencia estratigráfica

Alicia Gómez Pérez  
Carlos Sanz Mínguez

El poblado de Las Quintanas, en Padilla de Duero, constituye, a buen seguro, la zona de este extenso yacimiento sobre la que secularmente se han venido centrado actuaciones de toda índole, no siempre encaminadas a desentrañar el oscuro pasado del asentamiento prerromano que algunos creemos posible identificar con la *civitas* de *Pintia*. La capitalización del interés por esta zona de hábitat no debe de sorprender, ya que la riqueza y espectacularidad de otras áreas del yacimiento —funeraria (Las Ruedas) o artesanal (Carralaceña)— ha sido reconocida bien recientemente, resultando auténticas primicias, en este sentido, algunos de los artículos incluidos en este mismo volumen.

La importancia del asentamiento comenzó a delatarse a partir del segundo tercio del siglo pasado, como consecuencia de la búsqueda intensiva de “huesos de mina” o arqueológicos (frente a los “granados” o frescos de los mataderos), que nutrieron, por un corto espacio de tiempo, las nacientes industrias de fosfatos. La explotación de estos restos óseos en numerosos yacimientos arqueológicos de la Meseta Norte —todos ellos correspondientes a establecimientos de naturaleza estable y amplias dimensiones, que en términos generales pueden encuadrarse como de celtibero-romanos en adelante— comportó evidentemente la exhumación pareja de un nutrido conjunto de piezas y útiles arqueológicos que fueron prontamente objeto de intenso comercio y que

no pasaron desapercibidos a las, por entonces recientemente creadas, Comisiones de Monumentos Históricos y Artísticos.

El buen criterio de este nuevo órgano aconsejó crear, en el caso de Padilla, una subcomisión, integrada por los Sres. Orodea Ibarra y Martí Monsó, que, desplazada al lugar, inspeccionase los hallazgos producidos en el desarrollo de esta peculiar actividad minera. Resultado de dicha visita fue la recogida de materiales y, sobre todo, la redacción de un Informe (Orodea y Martí, 1873) que tiene el mérito y el interés de definir por vez primera el asentamiento celtibero-romano de Las Quintanas, y de proporcionarnos algunas referencias puntuales. Así, por ejemplo, la extracción de cerca de cuarenta mil arrobas de huesos (unas 460 Tm.), dato verdaderamente escalofriante y expresivo de la intensidad de la búsqueda —acuciada por una crisis agraria, tras varios años de sequía—, que no desentona, por lo demás, de los datos existentes para otras localidades castellananas (Rojo Vega, 1989: 198, apéndice II).

No obstante, pese al interés suscitado por dicha visita y hallazgos entre los miembros de la Comisión, las voces que proclamaban la necesidad de promover excavaciones e investigaciones en el lugar se fueron apagando paulatinamente, al tiempo que el yacimiento recobraba su pulso normal tras decaer, con la importación de guano sudamericano, dicha “minería de huesos”.

Habría que esperar hasta finales de siglo para que un erudito local, don Federico Hernández y Alejandro, desarrollara a lo largo de catorce años consecutivos las que pudiéramos considerar primeras excavaciones "arqueológicas" en Las Quintanas, aunque practicadas, a juzgar por sus escasos y confusos resultados (Hernández y Alejandro, 1906: 510-511), sin la metodología ni los conocimientos adecuados. Sorprende, sin embargo, la omisión del carácter celtibérico del emplazamiento ya definido con anterioridad, reduciendo todas las evidencias a un ambiente romanizado. De lo poco aprovechable de su relato, a parte de la relación de hallazgos, destaca con mucho la reiterada e incluso machacona insistencia sobre evidencias de incendio localizadas, lo que permite sospechar que no se trata de un fenómeno puntual, sino de carácter general para todo el poblado.

Poco más puede deducirse, por lo que a la definición de la secuencia de ocupación de Las Quintanas se refiere, de la descripción proporcionada por este erudito vallisoletano afincado en Madrid. Tras sus trabajos de campo se abre un dilatado paréntesis de vacío documental —al margen de los hallazgos esporádicos— que únicamente cabe cerrar en momentos muy recientes.

El inicio de la mecanización del campo, con la introducción de los primeros tractores a finales de los años cincuenta, así como la acometida de las primeras infraestructuras para la canalización de la Vega de Padilla, supusieron a buen seguro la intensificación de hallazgos en Las Quintanas, al accederse a sustratos hasta entonces no alcanzados por el arado de tracción animal. El desmantelamiento de estructuras de cierta monumentalidad o la aparición del primero de los tesoriillos del que tenemos constancia, hacia finales de los sesenta, responden sin duda a estas nuevas circunstancias.

Fue, no obstante, la aparición del segundo tesoriillo por acciones clandestinas, la que motivó en marzo de 1985 la acometida por uno de nosotros (C.S.M.) de una excavación de urgencia a fin de contextualizar dicho hallazgo suntuario. Tras determinar la asociación del

mismo al nivel de ocupación celtibérico más reciente, la cata de 4 x 4 m. se profundizó hasta la base geológica, obteniendo la que pasa por ser la primera secuencia estratigráfica documentada para el poblado, con más de dos metros de espesor. Lamentablemente en este sector del yacimiento los sedimentos vinculados a los tesoriillos, presumiblemente de época sertoriana, afloran en superficie, por lo que el arado ha incidido negativamente sobre ellos.

Con el fin de localizar dichos niveles en un estado de conservación más óptimo, se iniciaron a partir de 1988 y durante 1989 dos campañas de excavación en el área de la necrópolis visigoda de Las Quintanas, donde a través de ciertas canalizaciones y del hallazgo del tercer tesoriillo, sabíamos de su preservación por espesos sedimentos de adscripción histórica (Sanz y López, 1988). La excavación, planteada en área, engloba hasta ahora una extensión de 104 m<sup>2</sup> (8 x 13 m.) y ha permitido documentar diversas estructuras y niveles de ocupación romana, afectados en gran medida por los enterramientos altomedievales. Éstos, sin embargo, no alteraron sobremanera las estructuras romanas, cuya pobreza material debemos relacionar más con un fenómeno de abandono que de destrucción, episodio que sí parecía manifestarse sobre los niveles celtibéricos infrayacentes en los que se detuvo la excavación. Resulta interesante señalar cómo la zona septentrional de dicho sector de excavación aparecía totalmente desmantelada y desprovista de huesos, hecho que se nos antoja tentador relacionar con la actividad minera señalada y que, a la postre, ilustra debidamente el carácter indiscriminado de la recogida, por más que se negara la utilización de restos humanos (Ordoña y Martí, 1873: 10).

No sería justo concluir esta introducción a los principales apoyos documentales con que contamos para la reconstrucción del poblado de Las Quintanas, sin aludir a los espectaculares resultados obtenidos recientemente a través del empleo de la fotografía aérea, tal y como puede verse en el artículo de este mismo volumen firmado

por Julio del Olmo y L. Carlos San Miguel. Si bien es cierto que, en superficie, el poblado se aislaba ya perfectamente, por configurarse como un promontorio o tell de unas 25 Has. de extensión destacado unos tres metros del terreno circundante, o que la muralla la observábamos ya en algún tramo en el momento de arar determinadas parcelas, el crecimiento diferencial de las plantas contemplado desde el aire ha proporcionado una nitidez y precisión considerables, desvelándose a parte de los lienzos, fosos y entradas de la muralla, un entramado urbanístico que probablemente, por su regularidad, cabe asimilar a una traza de época romana.

### 1. DESCRIPCIÓN DE LA ESTRATIGRAFÍA

Como ya se mencionó anteriormente, en torno al hoyo clandestino que aún permanecía visible, se trazó en marzo de 1985 una cata de 4 x 4 m., uno de cuyos lados fue orientado al norte, al tiempo que la esquina noroccidental se utilizaba como punto cero (Fig. 1). En el transcurso de la excavación arqueológica se puso de manifiesto que el área objeto de actuación había sido removida con anterioridad y en repetidas ocasiones, quedando inscritos en la cuadrícula cuatro hoyos de tamaño y profundidad variables, numerados consecutivamente del 1 al 4. Tres de ellos no rebasaban el metro de profundidad, mientras que el denominado H3 —probablemente relacionado con las excavaciones de Hernández y Alejandro— horadó el nivel arqueológico hasta llegar al sustrato natural o geológico (Lám. 2). Ello supuso una importante restricción documental que, unido a las reducidas dimensiones del sondeo realizado, se concretó en un limitado volumen de sedimentos intactos desde su deposición, sobre todo en el primer medio metro de profundidad (Fig. 4, b).

No obstante, y a pesar de estas limitaciones, se pudo documentar un lugar de habitación sobre cuyo pavimento, desmantelado en parte por los hoyos H1, H2 y



Fig. 1.—Plano topográfico del yacimiento arqueológico de Padilla de Duero (Valladolid), con la localización del sondeo realizado en 1985.

H4, se hallaban numerosos restos de grandes vasijas de almacenamiento, una de las cuales se correspondía con los fragmentos recogidos con las joyas. Este hecho confirmaba la relación del H4 con las acciones clandestinas que culminaron con la consecución del tesoriillo.

Documentado el ambiente de la ocultación se prosiguió la excavación en profundidad a fin de obtener una primera aproximación a la secuencia habitacional de Las Quintanas. De este modo, se puso de manifiesto una potente estratigrafía arqueológica desarrollada a lo largo de 2 m. de sedimentos correspondientes a tres importantes

horizontes culturales: uno primigenio o Nivel I, con material lítico y cerámico elaborado a mano, de adscripción dudosa; otro plenamente celtibérico, conformado por los Niveles II, III y IV, y finalmente otro de época romana, caracterizado por unos exiguos elementos constructivos (teja curva, piedra caliza, restos de un posible pavimento), que se corresponde con el Nivel V.

Sólo resta añadir que los vestigios cerámicos de dichos niveles, a excepción del I, han sido objeto de una selección orientada a perfilar la evolución de la cultura material obtenida en esta secuencia ocupacional.

*Nivel I:* Sedimentado directamente sobre el sustrato geológico alcanzaba una potencia media de 60 cm. (Fig. 2). Su composición arenosa, muy uniforme, presentaba una tonalidad negra que denotaba la existencia de abundante materia orgánica descompuesta (Láms. 1 y 2).

El estrato fue interesado por el H3 en la esquina nororiental. Tal intrusión se uniría a otras semejantes pero provenientes de los hoyos de poste documentados en las estructuras del Nivel II. El material cerámico que proporcionó se hallaba en estado muy fragmentario y desgastado, impidiendo, incluso, la hipotética reconstrucción de alguna vasija. Este dato, unido a la total inexistencia de cualquier vestigio constructivo, nos pone en guardia sobre la posible adscripción cronológica del nivel, el cual carece de evidencias que lo relacionen con lo que, en buena lógica, podría corresponder a una ocupación de tipo Soto II y, sin embargo, si pudiera asociarse con una estación de la Edad del Bronce recientemente localizada al suroeste del recinto murado vacceo.

*Nivel II:* Fosilizaba por completo al anterior, siendo igualmente interesado por el H3. Correspondía ya a un nivel celtibérico que presentaba diversos restos cons-

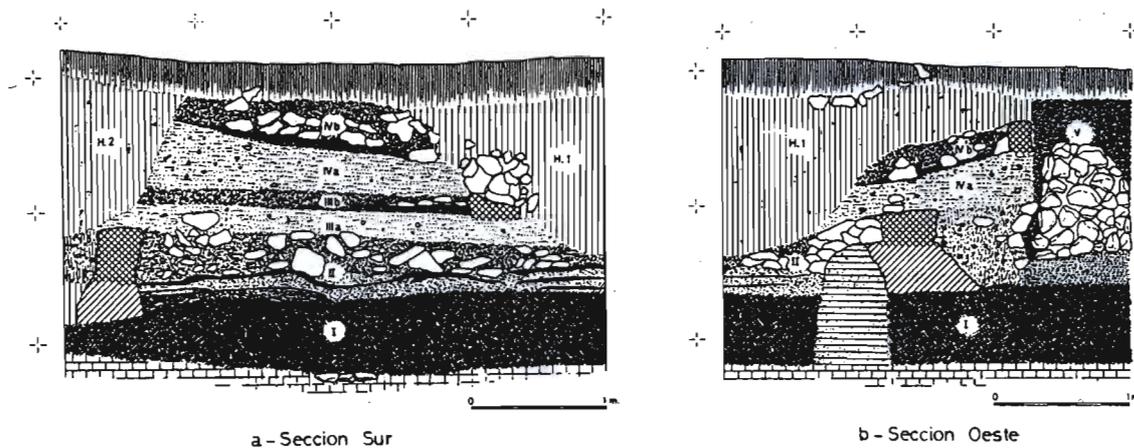
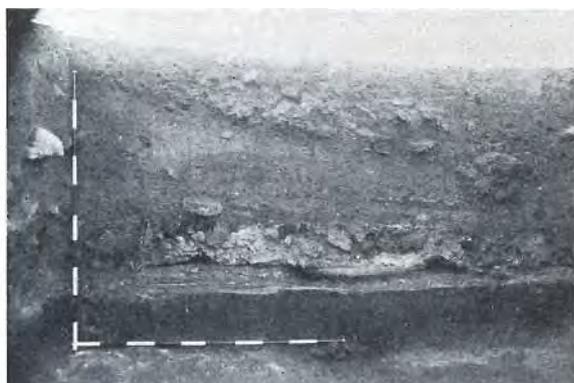


Fig. 2.—Secuencia estratigráfica de Las Quintanas.



Lám. I.—Estratigrafía de Las Quintanas. Sección Sur.



Lám. II.—Estratigrafía de Las Quintanas. Sección Este. Obsérvese la profunda alteración existente en el ángulo nororiental, afectando a la totalidad de los niveles.

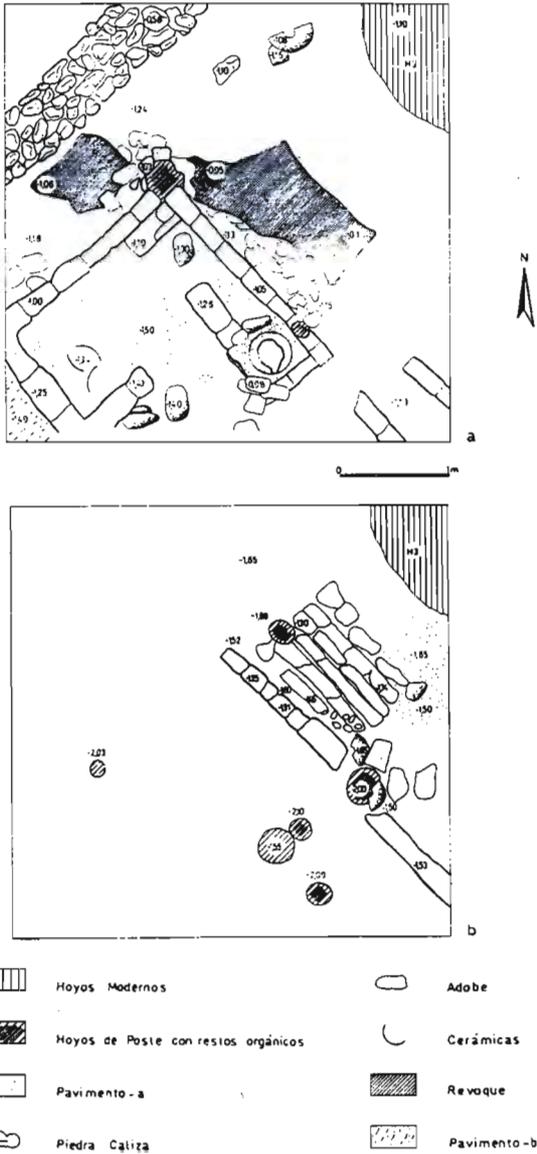
tructivos, además del estrato correspondiente al derrumbe, todo lo cual le confería un espesor medio de 60 cm. (Fig. 2 y Láms. 1 y 2). Tales elementos se ponían en relación con dos áreas de habitación independientes y coetáneas, IIa y IIb, apenas separadas por un estrecho

pasillo, de 60 cm. de anchura, el cual, con una longitud próxima a los 3 m., se disponía diagonalmente en la esquina suroriental de la cata (Lám. 3).



Lám. III.—Nivel II: estructuras IIa y IIb, vistas desde el norte. En la primera de ellas se observan algunos molinos, así como el hoyo de poste de su esquina septentrional. La vivienda IIb muestra un muro desplomado al interior.

En el lado izquierdo de este pasillo se localizaba la construcción IIa (Fig. 3,a), cuya secuencia concluía en un estrato de derrumbe formado por adobes fragmentados y una tierra arcillosa, compactada en extremo por efecto del incendio que asoló esta vivienda y, como veremos, la inmediata. Dicha capa, o mejor costra, alcanzaba un espesor de 20 cm. y contenía abundante material cerámico, en el que menudeaban cerámicas de elaboración manual, en ocasiones, bruñidas y decoradas a peine. Sin embargo, fue la producción torneada la que deparó un conjunto más amplio, muchas de cuyas piezas presentaban evidentes alteraciones —esfoliaciones, ampollas, deformaciones, etc.— provocadas por dicho incendio. Diversos fragmentos de bronce y tres mangos fabricados sobre asta completaban la relación de restos materiales.



La propia compacidad del derrumbe ha jugado en este caso un importante papel al preservar parte de las estructuras habitacionales, actuando como aislante frente al deterioro que ocasionan los procesos erosivos o las remociones subsiguientes. Así pues, puede calificarse de óptimo el estado en que se han documentado los restos de muro y de pavimento de la construcción IIa, por otra parte a salvo de la destrucción producida por los hoyos modernos que sí afectaron a los otros niveles.

Las paredes, rectas, ofrecían alturas de 25 cm. en el muro noreste de la vivienda y de 34 cm. en el perpendicular al mismo. Ambos muros mostraban desplomados parte de sus respectivos lienzos, sellando, uno de ellos, al suroriental de la otra edificación. Las paredes fueron enlucidas con barro, tanto el interior —asimismo confirmado en sus respectivos desplomes— como el exterior. Presentaban una anchura semejante a la de los adobes que las conformaban (47 x 20 x 10 cm.), levantados a soga en hiladas superpuestas.

Los muros exteriores formaron una escuadra en cuya intersección se localizaba una oquedad de unos 35 cm. de diámetro, aproximadamente, delimitada por pequeños fragmentos de adobe. En el interior de este pequeño agujero aparecieron los restos carbonizados de un madero, correspondientes a un poste. Lo mismo ocurría con otro hoyo, de idénticas características, pero de dimensiones sensiblemente inferiores, que se encajaba en el muro nororiental y distaba 164 cm. de aquél (Lám. 4).

Los muros internos, estructuralmente idénticos a los anteriores, parecían diferenciar ambientes funcionalmente distribuidos en la vivienda. Así, primeramente delimitaban un área rectangular de 189 x 97 cm. paralela al muro noroccidental, con un pavimento de arcilla apelmazada sobre el que descansaban escasos fragmentos cerámicos. A través de una estrecha abertura de 67 cm. se accedía a una segunda dependencia, sobre

Fig. 3.—Plantas de las dos construcciones identificadas en el Nivel II.

cuyo pavimento, idéntico al anterior, se alojaban cuatro molinos barquiformes de arenisca. En esta misma habitación y apoyado contra el muro noreste se documentó una plataforma de aproximadamente medio metro de lado, fabricada con adobes. Dicha estructura fue rematada con el mismo enlucido observado en las paredes; sobre ella descansaba una vasija de dimensiones medias cuyo tercio inferior aparecía espatulado, mientras que el resto fue engobado con brocha (Fig. 8: 2). A partir de este último elemento el muro exterior de la construcción presentaba una interrupción de 40 cm.



Lám. IV.—Nivel II: estructuras vistas desde el este. Obsérvese en primer plano el vasar y el hoyo de poste a él asociado, ambos en el edificio IIa. Al fondo, tras el jalón, otra dependencia del mismo.

Al oeste de la dependencia rectangular se ubicaba una tercera estancia, de la que, dada su localización, únicamente pudo documentarse una superficie de 0,36 m<sup>2</sup>. A pesar de ello, se puso al descubierto no sólo un suelo elaborado a base de cantillo (en contraposición a los arcillosos de las otras habitaciones) sino, y sobre todo, un volumen de hallazgos comparativamente muy superior al detectado en aquéllas. Entre éstos destacaban restos

broncíneos y, principalmente, cerámicos, sobre todo elaborados a mano, que incrementaron considerablemente el número de vasos reconstruibles.

Por último, la construcción IIa parecía haber tenido una existencia más o menos prolongada, testimoniada por la renovación del pavimento en dos momentos diferenciados, conformando dos estratos que alcanzaron en conjunto un espesor de 20 cm., en los que, además, se observaba la preparación previa de cada piso. El incendio que provocó la destrucción del edificio dejó huellas evidentes en el último de los pisos, endureciendo y combando la arcilla que lo conformaba (Lám. 1).

La otra vivienda, IIb, localizada a la derecha de la anterior (Fig. 3,b y Lám. 3) presentaba las mismas evidencias estratigráficas —pavimento, hoyos de poste, lienzos y derrumbes— y semejantes caracteres formales. El estrato correspondiente al derrumbe, de 50 cm. de espesor, ofrecía menos fragmentos de adobes que el depositado en el edificio contiguo. Dicho estrato fue sellado con un tramo de pared de la propia vivienda, que se desplomó en casi un metro de altura, equivalente a seis hiladas de adobe. Esta misma pared aún se conservaba *in situ* con una altura de 30 cm. y una longitud de 310 cm., en disposición paralela al muro nororiental de la vivienda IIa, e igualmente interrumpida a la misma distancia que aquél. Sin embargo, en esa discontinuidad aparecía un hoyo de 31 cm. de diámetro e idénticas características a los documentados en el recinto vecino. Aún hallamos otro pequeño hoyo semejante, de diámetro menor, hacia el interior de la vivienda.

El pavimento de la misma fue desmantelado en numerosos puntos por el H3 y por otra alteración detectada en el perfil oriental de la cata. Esta remoción, o más propiamente remodelación, de la que únicamente podemos apuntar su anterioridad respecto a la destrucción de la vivienda e, incluso, respecto al alzado de sus muros, pudiera estar relacionada con una ampliación del espacio habitacional a partir de una probable esquina establecida en el lugar en que apareció el hoyo de poste de

mayores dimensiones. La zona de pavimento aún intacta manifestaba una compactidad conseguida mediante el apisonamiento de las capas de arcilla depositadas para tal fin, la última de las cuales mostraba una especial dureza causada por el incendio que destruyó el edificio.

**Nivel III:** Este nivel fue detectado únicamente hacia los perfiles sur (Fig. 2) y este de la cata. Sus sedimentos apenas sobrepasaron los 25 cm. de grosor, salvo en una zona próxima al H3, el cual junto a los H2 y H1 interesaron y destruyeron en buena parte aquellos. A pesar de que los cortes estratigráficos evidenciaban unos caracteres semejantes a los del nivel subyacente, sus restos constructivos, en planta, resultaban exiguos.

En primer lugar, se observaba una capa de unos 22 cm. de espesor máximo, IIIa, compuesta de tierra arcillosa y color marrón claro, que se extendía de forma desigual, adaptándose a las irregularidades del terreno originadas tras la destrucción de las viviendas anteriores.

Explanado el solar se procedió a edificar una nueva vivienda, la IIIb. Los restos documentados se mostraban insuficientes a la hora de establecer su configuración, pero acreditan la invariabilidad del método empleado en la fábrica de paredes: se localizó parte de un lienzo desplomado que aún permitía reconocer diez hiladas de adobes (Fig. 4, a y Lám. 5).

El pavimento de la construcción apenas si era perceptible en las secciones sur y este de la cata, a través de una fina línea oscura por debajo de la cual, en algún sector, se observaba una delgada capa arcillosa (de 4 a 8 cm.) que presumiblemente nivelaba el estrato IIIa (Lám. 1).

Asimismo, junto al perfil este, y próximo a un muro del cual no fue posible determinar su disposición, se documentó la solera de un hogar, que apoyaba directamente sobre el pavimento, y fue fabricada con grandes

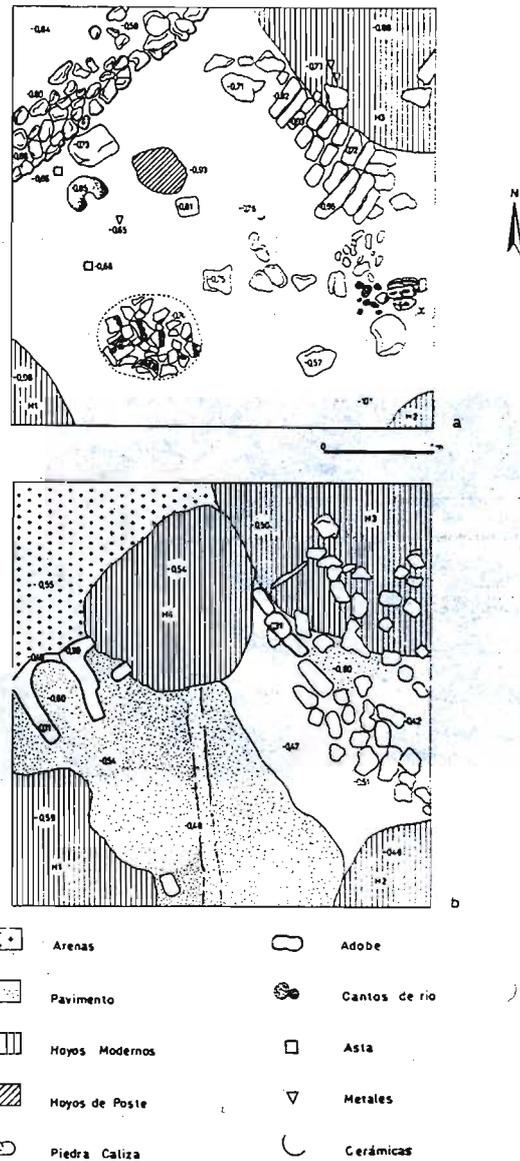


Fig. 4.—a) Planimetría del Nivel III, en la que quedan reflejados el hogar ovalado de la vivienda IVb y el muro romano del Nivel V. b) Planta de la estructura del Nivel IV.

fragmentos de una vasija (Fig. 11: 2), además de varios cantos rodados con evidentes huellas de haber estado en contacto directo con fuego.

Finalmente, se apreció el estrato correspondiente al derrumbe de la construcción, cuyos escombros alcanzaban una potencia variable entre 6 y 30 cm. Aunque desconocemos las causas que lo provocaron, el hecho de no haberse detectado renovación alguna del pavimento nos hace pensar que sobrevino con prontitud.



Lám. V.—Nivel III. A la izquierda, muro desplomado de la construcción, cuyo hogar puede observarse centrado al fondo. Este muro sellaba otros del nivel inferior.

La somera descripción estratigráfica de la fase constructiva de este tercer nivel no puede darse por concluida sin hacer referencia a la documentación de otro área de ocupación, entre la vivienda y el muro del nivel V, cuya relación con la zona edificada solamente podría establecerse en su condición de superficie exterior aneja a la misma. Sin embargo, carecía de cualquier indicio de pavimentación, a pesar de haberse localizado en ella diversos objetos útiles —dos enmangues fabricados sobre asta, diferentes elementos metálicos y un fragmento de granito— que no parecían guardar una posición original.

*Nivel IV:* Se desarrollaba entre los 82/90 cm. de profundidad hasta los 20 cm. (Fig. 2). Dada la escasa profundidad de su sedimentación ha sido objeto de una destrucción secular propiciada por el laboreo agrícola. Asimismo se vio afectado por la totalidad de los hoyos detectados.

Su configuración estratigráfica, una vez más, no difería de la observada en el nivel anterior, al que sellaba en un primer momento con una capa de arcilla clara, IVa, extendida con una potencia relativamente uniforme de unos 30-40 cm. de grosor y que realmente transmitía también un buzamiento en dirección noroeste. Seguidamente se documentaron los restos constructivos de la edificación, IVb, levantada sin cimentación sobre este estrato nivelador (Fig. 4, b). Dichos restos se resumían en: un pavimento de arcilla apisonada, un hogar de disposición circular y casi un metro de diámetro, y paredes de adobe. En el extremo nororiental, los restos de un lienzo, constituido por tres adobes dispuestos a soga, conservaban aún parte del enlucido de barro que lo cubría. Éste enlazaba, asimismo, con un fragmento exiguo del pavimento de arcilla apisonada de la estancia, el cual se preservó con mayor amplitud en el extremo opuesto a esta pared. Finalmente, señalamos que la trayectoria recta de este lienzo parecía continuarse en dirección sureste por un conjunto de adobes y tierra arcillosa, modernamente desmantelados (Lám. 6).

Perpendicularmente a dicho muro, y mediando el H4, se localizó otro, igualmente de adobe, cuyo contorno dibujaba una silueta ondulada que se correspondía, en el interior, con dos pequeños espacios contiguos delimitados por muretes de adobe. Dichos recintos, que pudieran reconocerse como silos, se disponían de modo perpendicular al muro, que les cerraba de forma absidial, transmitiendo al paramento externo ese aspecto sinuoso. Ambos espacios interiores comunicaban con otro mayor cuyas dimensiones no pudieron ser precisadas, al sobrepasar los límites impuestos por el sondeo.



Lám. VI.—Nivel IV: restos de la vivienda en la que se halló el tesorillo padillense número 2. A la izquierda de los silos se localiza el perfil abrupto del hoyo clandestino.

Los tres recintos poseían el mismo piso realizado con tierra apisonada. Sobre él, en la estancia mayor, se conservó una liviana impronta de un supuesto murete, de anchura semejante a la de las paredes y cuya trayectoria recta parecía coincidir con la diagonal de la construcción que parte de la esquina desmantelada por el H4. A la izquierda de esta evidencia, y enfrentado a uno de “los silos”, un hogar excavado a 25 cm. de profundidad y con forma redondeada, fue amortizado por el pavimento (Fig. 4, a). La solera del mismo (Lám. 8) garantizaba la refracción mediante grandes fragmentos de una tinaja celtibérica de tamaño considerable y de otro recipiente torneado de factura tosca (Fig. 12: 3 y 4). Ambas piezas fueron objeto de una fracturación intencionada, observándose perfectamente los impactos realizados para la obtención de los cascotes. La reconstrucción de los recipientes permite comprobar cómo la vasija tosca fue destinada aún en uso para este fin —así lo parece indicar el hecho de que no faltara ninguna de sus piezas—, mientras que la gran vasija lo fue después de haberse quebrado fortuitamente, según cabe deducir de su estado frag-

mentario. Finalmente, la diferencia de altura entre la solera y el pavimento se salvó con una espesa capa de arcilla enrojecida, muy compactada (Lám. 7).

Todos los restos arquitectónicos analizados permanecían sellados por un estrato de derrumbe, cuya com-



Lám. VII.—Sección del hogar de la vivienda IVb de Las Quintanas.



Lám. VIII.—Planta de la base refractaria del hogar de la construcción IVb.

posición apenas difería del relleno de los cuatro hoyos modernos, ocasionando este hecho cierta mezcla en el abundante material cerámico recuperado, a la que, no obstante, escapó el lote dispuesto sobre el pavimento del edificio. Este muestrario agrupaba grandes vasijas celtibéricas, en su mayor parte reconstruibles, además de diversos fragmentos informes metálicos y de algún resto óseo correspondiente a enmangues de diferentes útiles de trabajo.

*Nivel V:* A este nivel hemos asimilado los restos de un muro de mampostería caliza trabada con barro (Fig. 2), localizado diagonalmente en el cuadrante noroccidental de la cata (Fig. 4, a). Presentaba una anchura de 61 cm. y conservaba 90 cm. de altura media, de los cuales no se han podido diferenciar los que correspondían a la parte del cimientó.

Tampoco podemos precisar con seguridad si era contemporáneo al Nivel IV, por situarse próximo y paralelo al lado noroeste de su edificación, o posterior al mismo. Lo que sí parece claro es que su erección comportó la destrucción de los niveles subyacentes: se horadó el III e interesó en buena parte el II, sobre el que asentaba su base. Por este motivo, fueron hallados entre sus sedimentos representaciones de todas las producciones cerámicas comentadas hasta el momento, aunque el volumen de hallazgos sea muy reducido, contrariamente a lo que sucede con los restos constructivos, muy abundantes, y entre los que destacaban tejas curvas y piedras calizas, sin olvidar, al interior de la esquina conformada con la cata por el muro, un probable piso de tierra compactada de composición arenosa y color amarillento.

## 2. ANÁLISIS DE LAS ESTRUCTURAS

Así pues, y a pesar de las limitaciones derivadas de lo restringido del sondeo, pudieron documentarse cinco construcciones independientes, que correspondían a

cuatro de los niveles atestiguados, lo que sanciona la dilatada ocupación de que fue objeto el poblado de Las Quintanas.

Sin embargo, vamos a centrar nuestra atención en las estructuras del Nivel II, concretamente en la construcción IIa por ser ésta la mejor conservada y la que puede arrojar mayor información sobre los sistemas constructivos de los momentos previos a la dominación romana (Fig. 3, a y Láms. 3 y 4).

Como ya se vio en el análisis precedente de la secuencia estratigráfica, nos encontramos ante un recinto delimitado por paredes rectas de adobe, cuyo interior aparecía compartimentado por muretes estructuralmente idénticos a los exteriores. Asimismo, se localizó una de las esquinas de la construcción, resuelta por dos lienzos perpendiculares, en cuya intersección se dispondría un poste que, a juzgar por las dimensiones del hueco practicado para su inserción, parecía constituir uno de los apoyos básicos del edificio. De este modo, podemos deducir que el sistema constructivo desarrollado en este momento se basó en la fabricación de un armazón de madera (que probablemente también se extendiera a la cubierta), mediante el cual las livianas paredes documentadas no se utilizaron como soporte, sino, simplemente, como elementos de relleno, que serían reforzados con otros maderos de dimensiones más reducidas; la impronta o cepa de uno de ellos fue documentada en la pared noreste del mencionado edificio. Con este último dato podría confirmarse que, en la fabricación de las paredes o muros, el sistema de entramado de maderas constituía una técnica ya por entonces habitual.

Otro elemento localizado en el interior de la estructura IIa nos hace dudar sobre la funcionalidad del mismo. Se trata de la plataforma adosada al muro nororiental, realizada con el mismo tipo de adobe que se empleó para las paredes y, al igual que éstas, enlucida. Sobre ella se documentó una vasija, sin huellas de fuego en su base, que podría hacernos pensar en que dicha plataforma se correspondía con un vasar; pero también se halló, sobre

la misma, una espesa capa de finas cenizas que encubría una superficie rehundida, con lo que dicho vasar podría corresponder en realidad a un hogar.

Por otro lado y al margen ya de elementos constructivos, podemos hacer consideraciones sobre la funcionalidad de este área habitacional. En primer lugar, se halla la dependencia pavimentada con cantillo, de la que, sin embargo y a pesar de la alta proporción de hallazgos materiales que ofreció —principalmente recipientes sin tornearse—, no contamos con evidencias claras que nos permitan hacer referencia a la actividad en ella desarrollada, aunque sí nos indican una habitabilidad más directa o efectiva que la de los otros recintos, donde se documentaron molinos barquiformes en proporción elevada. El hecho de que estos objetos apareciesen sin la compañía de los grandes recipientes de almacenaje —que sí se atestiguan en el edificio del Nivel IV en la misma habitación donde fueron hallados los posibles silos— nos colocaría más ante un lugar de procesamiento de grano que de despensa, si bien ambas actividades van tan estrechamente unidas que probablemente debían ser realizadas en un único espacio o dependencia.

Por tanto, la conclusión final nos obliga a observar un edificio intencionadamente compartimentado, que permite diferenciar áreas de trabajo de otras puramente habitacionales. Además, en aquellas se atisba el ordenamiento del espacio en función de las distintas fases que conlleva la elaboración doméstica del alimento vegetal. Otro tipo de consideraciones, en relación a la funcionalidad de esta estancia y a la ausencia de grano, que no de instrumental para su procesado, nos llevaría a plantear, con las precauciones necesarias de acuerdo a lo restringido de los datos manejados, que la destrucción del poblado hubiera acontecido en una época del año previa a la recolección, contrariamente a como se produciría en época sertoriana, según cabe deducir de los numerosos silos repletos de grano carbonizado aparecidos en diversas obras de canalización.

Todos los elementos arquitectónicos considerados

hasta ahora constituirían en la historiografía tradicional manifestaciones de una determinada etnia indoeuropea (Maluquer de Motes, 1955), de la que derivarían los celtiberos. Hasta no hace muchos años la tipología de las estructuras de habitación se explicaba fundamentalmente a partir de una determinada tradición cultural (Ruiz Zapatero *et alii*, 1986: 80). Así, el poblamiento celtibérico se caracterizaría por unos asentamientos extensivamente mayores a los precedentes de la I Edad del Hierro y, sobre todo, por unas viviendas rectangulares, en contraposición a las circulares que definen, entre otros rasgos, la facies Soto (Martín Valls, 1985: 127). Sin embargo, la tendencia actual que analiza o pretende explicar estas variaciones formales en las viviendas gira en torno a móviles o condicionantes económicos.

A pesar de lo limitado de nuestro conocimiento en relación a los contextos habitacionales, debido al escaso número de poblados excavados, en Padilla, y hasta ahora, puede decirse que los tres niveles celtibéricos documentados ofrecen muestras del modelo constructivo cuadrangular. En la misma Cuenca del Duero también se documentan dichas plantas en El Soto III (Palol y Wattenberg, 1974: 191) donde, sin embargo, coexisten con edificaciones circulares (Escudero Navarro, 1988: 35), al igual que ocurre en Melgar de Abajo (San Miguel Maté, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.) o en Montealegre de Campos (Heredero García, en este mismo volumen). En estos dos últimos yacimientos, hasta el presente, es cuantitativamente superior el número de recintos circulares sobre los rectilíneos. En iguales proporciones se manifiesta el hábitat alavés de Atxa, en el que sus investigadores asimilan las plantas rectangulares a construcciones anejas a las viviendas o a espacios rituales (Gil Zubillaga y Filloy Nieva, 1988: 478).

El paralelo más próximo a las estructuras documentadas en el Nivel II de Padilla de Duero nos lleva hasta la provincia de Madrid, a Cerro Redondo en Fuente el Saz del Jarama, donde se han exhumado viviendas rectangulares con paredes de adobe y basamento de cantos roda-

dos. En su interior flanqueaban la entrada, desde los dos rincones más próximos a ella, otros tantos hogares sobreelevados en una plataforma construida con el mismo tipo de material. Sobre su pavimento, elaborado con losas de adobe, se disponen varios muretes también de losas que dividen el espacio habitacional en diferentes dependencias. Sin embargo, no aparecieron indicios de la utilización de madera en la fase constructiva (Blasco Bosqued y Alonso Sánchez, 1986-87: 161-162, Fig. 1). Este hecho sí se contrastó en La Corona de Corporales, donde parece ser que las techumbres se armaron sobre vigas de madera apoyadas, al mismo tiempo, en postes interiores y en unos consistentes muros de pizarra, perfectamente encajados en sus esquinas (Sánchez-Palencia y Fernández-Posee, 1986-87: 379).

Terminamos este recorrido por los yacimientos con edificios afines a los exhumados en Padilla, llamando la atención sobre el gran parecido formal de la estructura IIa con las dependencias alfareras celtibéricas más modernas de Coca dadas a conocer recientemente (Blanco García, 1992); proximidad mayor aún en lo que al depósito de sedimentos originado tras la desaparición de ambos edificios se refiere: la acción del fuego, combinada con el derrumbe de las estructuras, propició la creación de un ambiente cerrado de intensa combustión responsable de las alteraciones producidas en diversos restos materiales —esfoliaciones, burbujas, etc. en las cerámicas, o de cocción de los adobes—, conformando, a la postre, un estrato de derrumbe extraordinariamente compactado.

Algunos de los elementos constructivos que hemos analizado —materiales, técnicas o estructuras— han sido conducidos hasta nuestros días formando parte de una herencia cultural, que la mayoría de las veces es inconscientemente aceptada. Dichos elementos aún se pueden observar, aunque cada vez con menor frecuencia, en el medio rural (Romero Carnicero, e.p.). En este sentido L. Feduchi señala, en un estudio sobre la arquitectura popular, la intemporalidad de los materiales que ofrece

la naturaleza y su secular empleo como elementos constructivos, destacando, asimismo, la importancia de la madera como componente esencial de la estructura general de la vivienda (Feduchi, 1976: 16), hecho contrastado desde hace algo más de dos mil años, como hemos tenido ocasión de comprobar en Padilla.

Sin abandonar el análisis comparativo etnográfico, consideramos finalmente la transformación e integración de esos elementos naturales en un conjunto habitacional que, según las últimas tendencias investigadoras, supedita su aspecto formal al económico, es decir, este último factor será determinante en una ordenación tipológica de las viviendas. Según esta perspectiva, y contraviniendo las mencionadas tesis que determinan dicho aspecto externo con etnias concretas, J. L. Alonso Ponga señala que los grupos humanos, ante problemas semejantes y en un contexto ambiental similar, llegan a adoptar las mismas soluciones. Es más, los modelos económicos por estos grupos desarrollados originan necesidades diversas, que inciden directamente sobre la configuración de los edificios, tanto en su planta, tamaño o compartimentación interna (Alonso Ponga y Diéguez Ayerbe, 1984: 37 y 43). G. Ruiz Zapatero, por su parte, considera concretamente el factor funcional como causante de la diferenciación de actividades en el interior de un edificio, permitiendo una mejor distribución del espacio interno si se levanta con planta cuadrangular (Ruiz Zapatero *et alii*, 1986: 84). El edificio IIa de Padilla, como ha sido puesto de manifiesto en el precedente análisis estructural, parece haberse construido bajo estos presupuestos económicos, constituyendo un apoyo material del modelo teórico esbozado por ambos investigadores.

### 3. LOS MATERIALES ARQUEOLÓGICOS

La abundancia de restos materiales, y principalmente cerámicos, que proporcionó el sondeo, obliga a ofre-

cer necesariamente, y para los fines que nos proponemos, una visión de conjunto, y por tanto selectiva, orientada sobre todo a destacar la evolución morfológica y estética de las producciones celtibéricas, o más específicamente vacceas.

Aunque, como ya hemos podido observar, la secuencia estratigráfica presentaba numerosas alteraciones producidas principalmente por los modernos hoyos clandestinos, éstas no han supuesto obstáculo en la asociación de materiales a sus respectivos niveles arqueológicos, al permanecer intactos buena parte de ellos. A pesar de todo, como ya queda dicho, hemos de hacer una salvedad con el H3, el cual suponemos sea resultado de las intervenciones de don Federico Hernández y Alejandro. Dicho hoyo presentaba en su relleno gran cantidad de restos constructivos, al haber destruido simultánea aunque parcialmente las tres edificaciones documentadas. La singular composición de este relleno apenas difería de la del derrumbe del Nivel IV, por lo que en un primer momento no fue discriminado, lo que deriva en una evidente contaminación con materiales de niveles infrayacentes. Únicamente los materiales procedentes del interior de la vivienda ofrecen las suficientes garantías de asociación, destacando la presencia, entre éstos, de grandes recipientes de almacenaje (Fig. 12), así como algún cuenquecito (Fig. 16: 15), al tiempo que otros, por sus caracteres tipológicos específicos, podrían vincularse sin problemas a dicho nivel.

Así pues, de acuerdo al orden natural en que se depositaron, analizaremos seguidamente los restos materiales adscritos a cada nivel, apuntando, sin pretender ser exhaustivos, los paralelos que permitan perfilar su adscripción cultural y cronológica.

El único sector que presentamos con la valoración cuantitativa de sus restos materiales es el Nivel I, lo cual se explica por lo reducido de su muestrario y, principalmente, por ser el único nivel en el que apenas incidieron las remociones modernas, a excepción del H3, perfectamente aislado. Dicho nivel, que suponemos prehistóri-

co, muestra, sin embargo, un reducido lote (23 por 100) de cerámica de estilo celtibérico, en el que aproximadamente un tercio de los fragmentos no supera el centímetro de longitud. Estos materiales, así como otros de factura manual y decorados con peine, creemos deben ponerse en relación con el estrato suprayacente, desde el que debieron filtrarse, sin duda, bien con ocasión de la apertura de diferentes hoyos de poste en el Nivel II que interesaron buena parte del I, bien como resultado de una "migración" facilitada por la composición arenosa del propio estrato.

Los hallazgos cerámicos no torneados suponen prácticamente las tres cuartas partes del conjunto, que en su mayoría se componen de galbos lisos, con tamaño muy reducido que denota un alto grado de desgaste o rodamiento. Este hecho dificulta de tal modo el análisis morfológico que apenas se puede intuir alguna forma de cuenco (Fig. 5: 4 y 6) o de cualquier otro recipiente, por más que alguna pieza muestre un perfil carenado (Fig. 5: 5). No obstante, las características de las pastas, con abundante degasante, acabado generalmente alisado, tonalidades reductoras y, sobre todo, un grosor inusual con respecto a las producciones del Hierro, desvían nuestra atención hacia otro sector del complejo padillense, localizado inmediatamente al suroeste del área de poblado, en el que recientemente se ha documentado un nuevo horizonte cultural que nos remonta hasta el Bronce Medio. Los vestigios cerámicos de esta nueva fase prehistórica, recuperados en el relleno de un nutrido conjunto de hoyos<sup>1</sup>, muestran gran similitud con éstos del Nivel I, especialmente con cierto fragmento de gruesas paredes (Fig. 5: 1), con arranque de asa o teñón aplicado que, a pesar de no haber sido exhumado en este estrato basal, sí cabría asimilarle al mismo. Igualmente significativo de la adscripción señalada parece mostrarse

<sup>1</sup> El yacimiento, incluido en el área declarada Zona Arqueológica, ha sido destruido recientemente como consecuencia de su explotación como gravera.

el importante volumen de objetos líticos: de un total de 12 fragmentos, el 83,3 por 100 agrupa elementos útiles (láminas y lascas trabajadas), constituyendo el resto el desecho de talla. La materia prima sobre la que se han trabajado es, invariablemente, cuarzo y sílex (Fig. 5: 2 y 3).

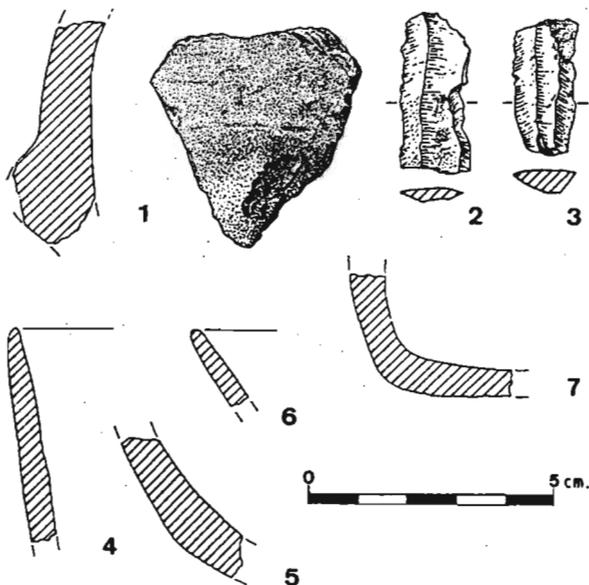


Fig. 5.—Materiales del Nivel I.

Así pues, de confirmarse la atribución propuesta para esta ocupación primigenia de Las Quintanas, cabría plantearse la fundación *ex novo* de este núcleo vacceo dentro de un fenómeno generalizado de aglomeración urbana, puesto en marcha a partir de los inicios del s. IV a.C., en el que se abandonarían multitud de peque-

ños hábitats en beneficio de algunos pocos como el presente.

No obstante, por más que las evidencias observadas en este sondeo de urgencia apunten en la dirección señalada, la existencia de materiales y áreas de ocupación en el entorno inmediato, claramente asimilables a un horizonte de tipo Soto, dejan abierta la posibilidad de registrar en algún sector del vasto espacio ocupado por el poblado, cierta continuidad poblacional hasta ahora remisa. En cualquier caso, la obtención de un registro de estas características probablemente no añadiera nada nuevo a la comprensión del oscuro tránsito operado en el marco del Duero Medio entre el Hierro I y el Hierro II, que, pese a ser planteado recientemente con acertada lógica en términos de continuidad (Sacristán, 1986a: 251-252; 1986-87b: 193-197) —negándose, pues, un horizonte protovacceo que no llega a aislarse fuera del campo teórico—, acusa aparentes “discontinuidades”, expresadas sobre todo en su cultura material o en la propia nitidez estratigráfica con que aparecen separados, cuando coinciden, ambos horizontes.

Así pues, pese a carecer por el momento de una secuencia estratigráfica semejante a la que proporcionan otros núcleos como Roa, nuestro Nivel II creemos podría corresponder a un momento similar al que en dicho yacimiento burgalés aparece fosilizando los estratos de tipo Soto, representando, así, un momento inicial de la cultura vaccea, de cuyo ambiente material sorprende la perfecta implantación de las producciones torneadas, en proporciones incluso superiores a las cerámicas realizadas a mano, entre las que destacan con cierta profusión las especies peinadas.

Si pasamos a analizar en primer lugar la producción no torneada de dicho Nivel II, observamos cómo se halla constituida por ejemplares de pastas poco decantadas, cocidas en hornos reductores, en las que el tratamiento dado a las superficies externas permite discernir una vajilla fina de otra de cocina. Aquella se halla compuesta por pequeñas vasijas, generalmente bruñidas y

decoradas, mientras que en ésta se opta por un acabado alisado y exento de ornamentación proporcionando, por contra, una mayor riqueza formal.

De este modo, en la cerámica lisa de cocina documentamos pequeños cuencos hemisféricos (Fig. 6: 4, con diámetros en torno a los 14 cm.), ollas pequeñas (Fig. 6: 10, con 9 cm.), o de grandes dimensiones (Fig. 6: 8, con 37 cm.) y especialmente una singular fuente ovalada de paredes oblicuas exvasadas, cuyo borde, en una determinada zona, se rebaja progresivamente hasta coincidir con la base (Fig. 6: 1, con 34 cm. en el eje mayor). Ollas y cuencos constituyen formas de gran prodigamento en estos y previos momentos, razón por la cual no parece adecuado, ahora, entrar a valorarlos cultural y cronológicamente. Mayor interés ofrece la extraña fuente, de la que conocemos, al menos, un ejemplar idéntico en el Museo de Zaragoza procedente de Cabezo de Monleón.

Al margen de esta pieza inédita, ignoramos otros paralelos, si bien cabría relacionar nuestro modelo con ciertas fuentes, aunque generalmente dotadas de asas, habituales y características del nivel PIIB de Cortes de Navarra cuya destrucción se fecha hacia el 550 a.C. (Maluquer de Motes, 1958a: 111 y 178, Figs. 24, 34-1, 35-1 y Lám. LXIII). Próxima igualmente a nuestro perfil es la forma VIII de A. Castiella, representada en los yacimientos navarro de "El Castejón" en Arguedas y alavés de Peñas de Oro (Castiella, 1977: 251 y 252), ambos de cronología semejante a los de Cortes. Ruiz Zapatero considera estos platos de paredes verticales con pequeños mamelones o asideros laterales como una forma particular de los grupos del Medio-Alto Ebro, documentándolo, además de en los yacimientos referidos, en Torre de Campobajo, La Muela y La Corona-Esquilar (Ruiz Zapatero, 1985: 543 y 747, Fig. 173-2). Paralelos, todos ellos, que plantean la presencia de cierto sustrato de

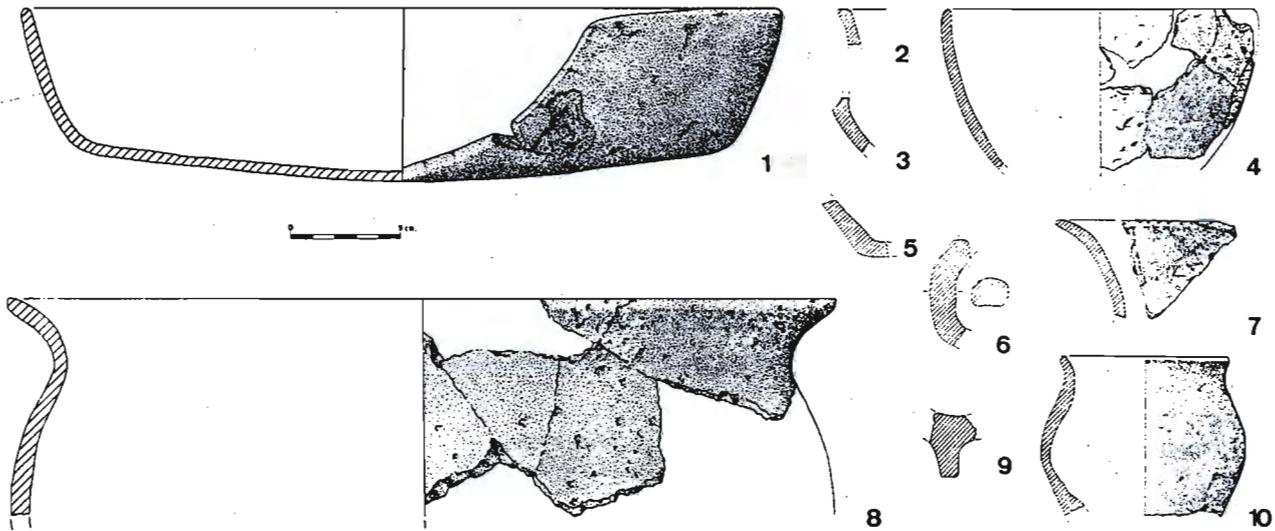


Fig. 6.—Restos cerámicos de la construcción IIa.

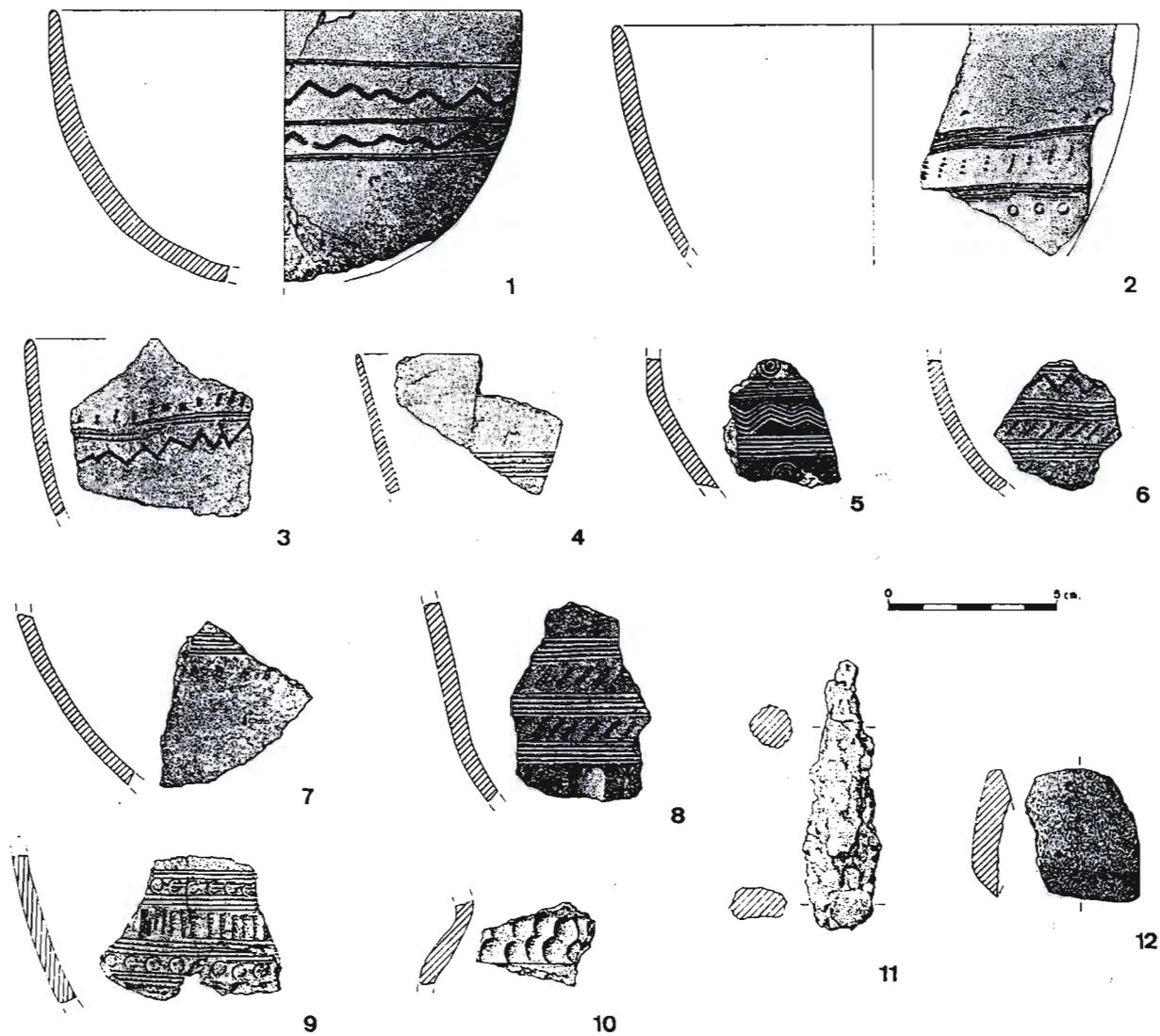


Fig. 7.—Materiales del Nivel II.

Campos de Urnas, bien atestiguado en otros elementos de la necrópolis de Las Ruedas, y para los cuales cabe suponer su transmisión a través del mundo de El Soto.

La producción decorada aparece capitalizada por la técnica del peine, tanto en su variedad incisa como mixta inciso-impresa, simultaneando en ocasiones motivos estampados. Su asimilación a cuencos hemisféricos de tamaño medio (en torno a los 15 cm. de diámetro máximo), con ligera tendencia exvasada y labios apuntados, presentando excepcionalmente suaves carenas, así como el tratamiento bruñido de su superficie, son constantes en este tipo de producciones. Las composiciones decorativas aparecen circunscritas a la zona media del vaso, de acuerdo a un esquema frisado horizontal en el que normalmente el peine inciso ejerce el papel de marco. Las variantes del relleno son amplias, presentándose series de peine impreso inclinado a la derecha (Figs. 7: 2, 3, 6, 7 y 8), en vertical (Fig. 7: 9 y Fig. 9: 5), así como zig-zags (Fig. 7: 3 y 6); frisos de peine igualmente inciso formando trazo ondulado continuo o zig-zag de escasa definición (Fig. 7: 1 y 5); y friso de estampillas alineadas, bien sea de círculos concéntricos (Fig. 7: 5) o simples (Fig. 7: 2 y 9). Finalmente debe señalarse la presencia de anchos acanalados que, arrancando del friso inferior, parecen proyectarse hacia la base del recipiente (Fig. 7: 8). Presupuestos formales y decorativos que encajan, por tanto, en una fase de Cogotas II plena, perfectamente definida en el sector VI de La Osera y en la necrópolis de Las Cogotas por un marcado y predominante barroquismo en las producciones de este estilo, con la incorporación de temas de cestería, entorchados, oquedades, acanaladuras, protuberancias, etc., que desplazan al peine simple desde el siglo IV al III a.C. (Martín Valls, 1986-87: 72-73). Este nuevo estilo decorativo gestado, pues, en territorio vettón, llegaría a tierras del Duero Medio al tiempo que desde el Norte de la Meseta se consolidan las vías comerciales con los grupos de Miraveche-Monte Bernorio y, en el caso concreto del complejo padillense, de forma simultánea al establecimiento de la cultura cel-

tibérica, con cerámicas perfectamente torneadas, por más que alguna de ellas presente marcadas espatulaciones que han sido interpretadas como indicio de inmadurez técnica (Wattenberg, 1959: 176-177). En cualquier caso, el papel jugado por el Duero Medio, no fue meramente el de receptor o transmisor de elementos de diversa raigambre cultural, sino que comportó una posición activa y transformadora. Así, observamos como algunos de los cambios estéticos operados en la cultura material, introducidos desde el mundo de Cogotas II, son asimilados al tiempo que reinterpretados con peculiaridades que permiten hablar de cierta regionalización de las producciones: con un estilo de peine impreso, para el interfluvio Duratón-Duero, con yacimientos como Padilla o Cuéllar (Sanz Mínguez, 1985; Barrio Martín, 1988: 414 y 360), así como otro estampillado, para el interfluvio Pisuerga-Duero, con Simancas y Soto de Medinilla (Martín Valls, 1986-87: 72-73), si bien la presencia de cerámicas de tipo simanquino en la necrópolis de Las Ruedas o en Coca (Blanco García, 1992: 41) matiza la permeabilidad de los mismos.

En definitiva, si las cerámicas a peine adquieren un indiscutible protagonismo para la comprensión del tránsito Hierro I-Hierro II al Sur del Duero, no parecen operar de igual modo en la línea del río, donde, como Sacristán señala, no resulta posible aislar un horizonte protovacceo (Sacristán, 1986-87b: 195).

Considerando, ahora, los productos torneados, observamos, en primer lugar, su superioridad numérica respecto a los anteriores.

Al mismo tiempo constatamos la existencia de la fabricación dual señalada para el conjunto precedente: junto a una mínima representación de piezas toscamente elaboradas, con superficies rugosas y tonalidades reductoras (Fig. 10: 15 y 17), se oponen mayoritariamente las que evidencian un proceso de elaboración más cuidado. Éste supone la utilización de pastas bien decantadas, de tonalidad generalmente anaranjada —resulta complicado discriminar las notables variaciones cromáticas

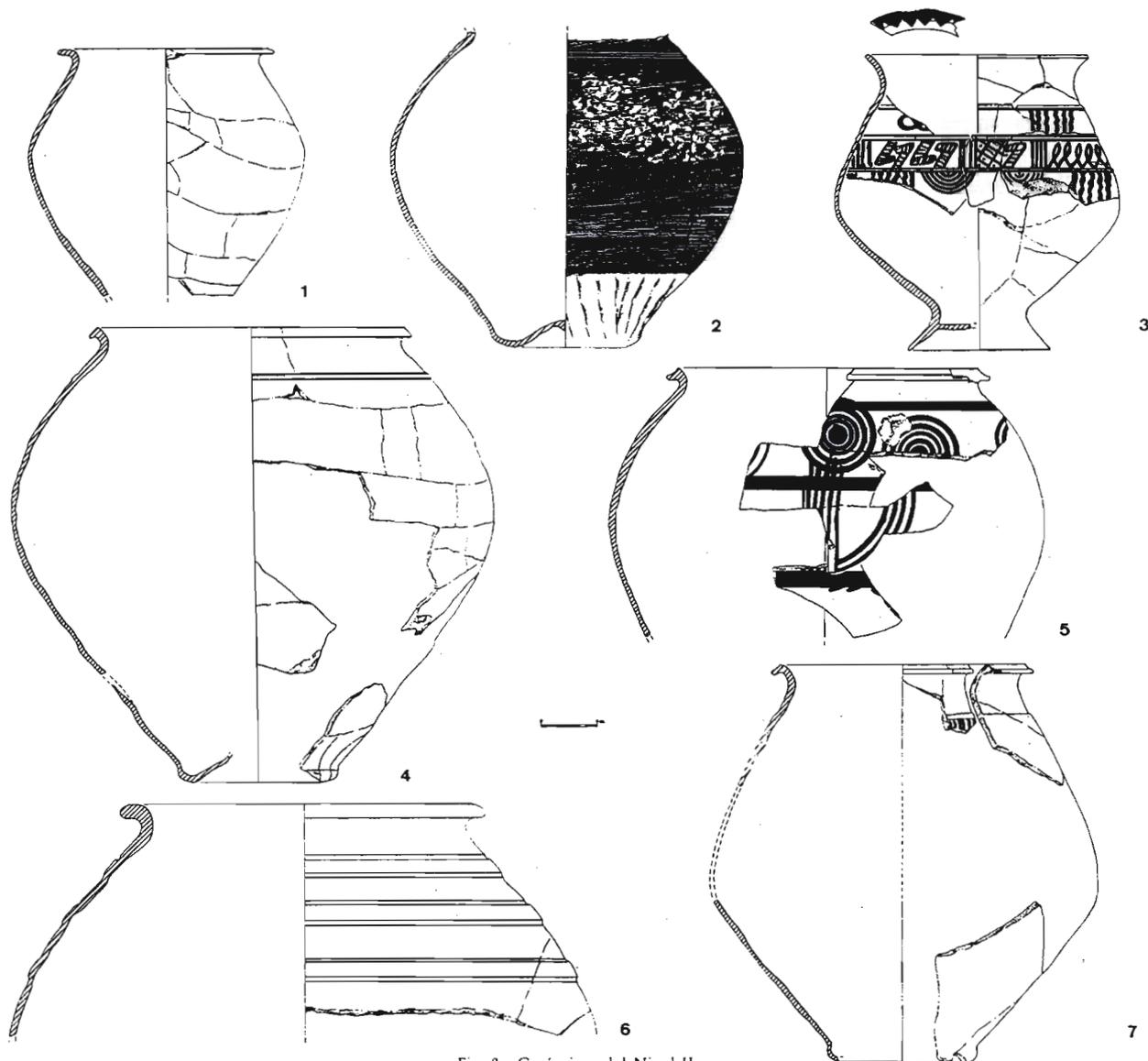


Fig. 8.—Cerámicas del Nivel II.

que presentan estos materiales, debido al intenso incendio al que fueron sometidos— con alisado de superficies externas, que en ocasiones semejan aspecto bruñido, decoración pictórica y moldurada, es decir, características propias de las denominadas producciones celtibéricas. Un examen inicial de las mismas autoriza una primera clasificación formal con grandes vasijas, por un lado, y pequeños vasos y cuencos, por otro. Aquéllas muestran perfiles abombados bitroncocónicos, localizándose su diámetro máximo —que oscila entre 40 y 50 cm.— a media altura, aunque con un ligero desplazamiento hacia la mitad superior. Los bordes rematan un cuello apenas insinuado y se terminan engrosados y vueltos hacia el exterior, mostrando alguno de ellos el característico rehundido que origina un perfil cefálico (Fig. 8: 4, 5 y 7). Tan sólo un ejemplar (Fig. 9: 1) se aparta de esta norma, exhibiendo el labio simplemente engrosado y con uñada sobre un borde reentrante y presentando marcadamente desplazado hacia el tramo superior su diámetro máximo. Dicho recipiente se asemeja a alguna de las variantes que J. D. Sacristán observó en sus clásicas formas de “cabeza de pato” (Sacristán, 1986a: 166-168, Lám. XXVII:3). Por otra parte, hallamos un nuevo modelo (Fig. 9: 2), con borde vuelto, paredes rectilíneas que se abren en ángulo recto desde dicho borde y asa de cinta vertical, con tres resaltes o aristas en su cara externa, finamente decorada con múltiples líneas onduladas pintadas en negro. En cuanto a las bases, las conservadas ofrecen un suave pie redondeado con fondo umbilicado. Algunas de estas vasijas (Fig. 8: 2 y 4) presentan en la zona inferior de la pared, pero sin afectar al fondo, un marcado espatulado que F. Wattenberg también observó en recipientes de los primeros estratos celtibéricos de El Soto, considerándolo como síntoma de inmadurez característico de un torno inicial (Wattenberg, 1959: 177).

Estos grandes recipientes parecen tener una función clara como contenedores, lo cual explica la dilatada utilización de que fueron objeto en contextos habitaciona-

les. Muestran algún rasgo decorativo, circunscrito a su mitad superior, bien se trate de un único baquetón (Fig. 8: 4), o una serie de ellos compaginada con acanaladuras (Fig. 8: 6), o la combinación de éstos con temas pictóricos geométricos. Entre los últimos, destaca por su singularidad compositiva un vaso (Fig. 8: 5) con dos frisos acotados por gruesas bandas horizontales de pintura negra sobre fondo de color blanquecino —probablemente por efecto del incendio—; el mejor conservado es el superior, que exhibe series de círculos concéntricos, independientes entre sí y realizados de un sólo trazo. Este motivo se muestra raro en el mundo celtibérico frente a los segmentos y semicírculos concéntricos (Sacristán, 1986a: 187). En Numancia aparecen muy escasamente, realizados de dos trazos, también sobre grandes tinajas, consideradas de los momentos presertorianos (Wattenberg, 1963: 30, n.º 800). Un gran vaso de borde vuelto, con un friso de perfectos círculos concéntricos encadenados mediante la intersección de los más externos, se documenta en El Castellar de Arévalo de la Sierra, poblado que parece haberse fundado en los comienzos del s. iv a.C. (Romero, 1991: 371, 377 y Fig. 80). F. Burillo también destaca la escasa frecuencia con la que dicho motivo se representa en el Valle Medio del Ebro, vinculándolo a la cerámica ibérica, en la cual aparece desde los siglos iv y iii a.C. (Burillo Mozota, 1980: 237), mientras que Beltrán lo documenta, con la misma escasa frecuencia, en el s. i a.C. (Beltrán Llorís, 1976: 71-72). En el Valle del Guadalquivir y desde finales del s. vi localizamos este motivo circular igualmente asociado a grandes recipientes (Pereira, 1988: 860).

Otra serie de recipientes, formalmente semejantes a los que acabamos de describir, pero de dimensiones sensiblemente inferiores, es la integrada por los n.ºs 1, 2 y 3 de la Fig. 8, cuyo diámetro máximo, situado a media altura, alcanza valores en torno a 25-30 cm. El primero de ellos, de borde desarrollado y vuelto hacia el exterior, no conserva fondo y presenta una tonalidad amarillenta, casi blanquecina. La pieza n.º 2 fue objeto de restaura-

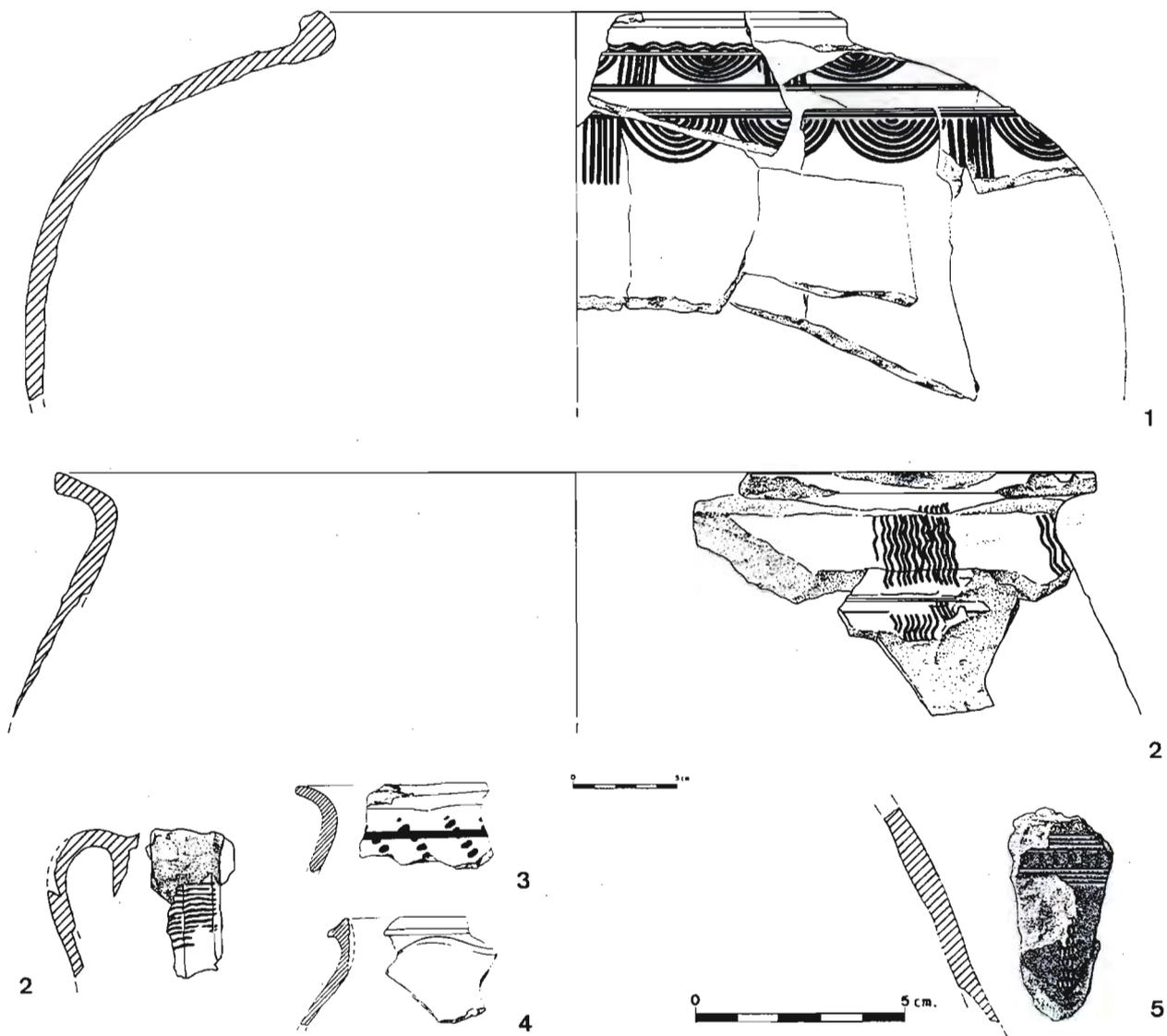


Fig. 9.—Restos cerámicos de la construcción IIb.

ción en época, como ponen en evidencia los dos pequeños orificios circulares que, separados por una fisura, debieron servir como anclaje para una laña. Muestra un perfil más abombado que el anterior y, aunque no conserva borde, presenta el fondo umbilicado, con un pie ligeramente insinuado. Su tonalidad, marcadamente amarillenta, queda encubierta al exterior por un engobe anaranjado que, en ocasiones, se torna en tonos más o menos oscuros, con ciertos tintes vinosos. Dicho engobe se aplicó horizontalmente con brocha, pero dejó libre aproximadamente el tercio inferior, zona que se espata de forma muy marcada y en sentido vertical. Producciones en todo próximas se registran igualmente en los niveles celtibéricos más viejos obtenidos en recientes sondeos arqueológicos en El Soto de Medinilla<sup>2</sup>.

Mientras que el primero de estos vasos no ofrecía decoración, ésta se limitaba en el segundo a un simple baquetón, con sus correspondientes acanaladuras, localizado en una zona próxima al cuello o borde. En esta cuestión decorativa difiere notablemente el ejemplar n.º 3, para cuya representación gráfica debimos proceder a una reconstrucción hipotética, dado el alto grado de deformación que presentaba, a pesar de hallarse la forma completa: borde exvasado y labio pintado con dientes de sierra, perfil bitroncocónico y pie anular perfectamente configurado. En su zona media superior se halla decorada por tres frisos separados por baquetones y pintura, que acotan una composición pictórica muy barroca, de la que, sin embargo, no han sido excluidos los habituales motivos de semicírculos concéntricos o las metopas formadas por líneas verticales, tanto rectas como sinuosas, junto a otros temas, como el de escuadras que, en orientación opuesta sucesivamente, muestra serias dificultades a la hora de localizar posibles paralelos, al margen del motivo calado en "L" que se halla en un

pie de copa en Cuéllar y para el que se ha establecido una cronología anterior a la etapa sertoriana (Barrio Martín, 1988: 232, Fig. 126). Formalmente, se encuentran paralelos desde momentos antiguos, en torno al s. v a.C. en la necrópolis de Las Madrigueras (Almagro Gorbea, 1969: Fig. 54, 3 y Lám. XXI, 9) o en las urnas torneadas con pie de copa que se localizan en la necrópolis de El Raso de Candeleda, datadas desde finales del siglo iv a.C., según la cronología relativa que contempla, entre otros factores, la decoración impresa con que se ornan algunas de ellas (Fernández Gómez, 1986: 818-819 y 874, Fig. 466 bis). Asimismo, muestra gran parecido, tanto formal como en la intención decorativa, con la forma 6-C-III de Pereira, definida en el Valle del Guadalquivir por modelos de tendencia cerrada, cuello corto o inexistente, cuerpo globular o bitroncocónico, con resalte en el hombro y un pie alto; además estos vasos se hallan totalmente decorados por frisos de bandas rectas que alternan con otros de segmentos concéntricos y líneas verticales onduladas habiendo sido fijada su datación hacia mediados del s. iv a.C. (Pereira Sieso, 1988: 918-937).

Con el diámetro máximo localizado en su mitad inferior (en torno a los 21 cm.), el perfil acampanado de los ejemplares 1 y 2 de la Fig. 10, deja traslucir un modelo aparentemente habitual en estos momentos, por cuanto varios de los fragmentos reproducidos pueden incluirse igualmente en el mismo grupo (Fig. 10: 5, 6, 10, y Fig. 9: 3). A pesar de que ninguno de ellos conserva su tramo inferior, la forma recuerda la de la Fig. 8: 3, aunque, por la misma razón, también pueden relacionarse con recipientes de copa (Forma I de Wattenberg García, 1978: 22 y 51; Sacristán, 1986a: 171-172, Fig. 13: 6 y 7). Todos ellos muestran algún motivo decorativo, bien se trate de un simple baquetón (Fig. 10: 2 y 10) o de una plasmación pictórica, invariablemente negra: semicírculos concéntricos (Fig. 10: 1), bandas horizontales (Fig. 10: 6), combinaciones, en vertical, de líneas rectas, quebradas y punteadas (Fig. 10: 5) o intersecciones de sucesivas

<sup>2</sup> Concretamente una vasija de dimensiones medias, forma globular y carente de fondo, presentaba un engobe similar. Agradecemos el dato a nuestra compañera Zoa Escudero, responsable de dicha intervención.

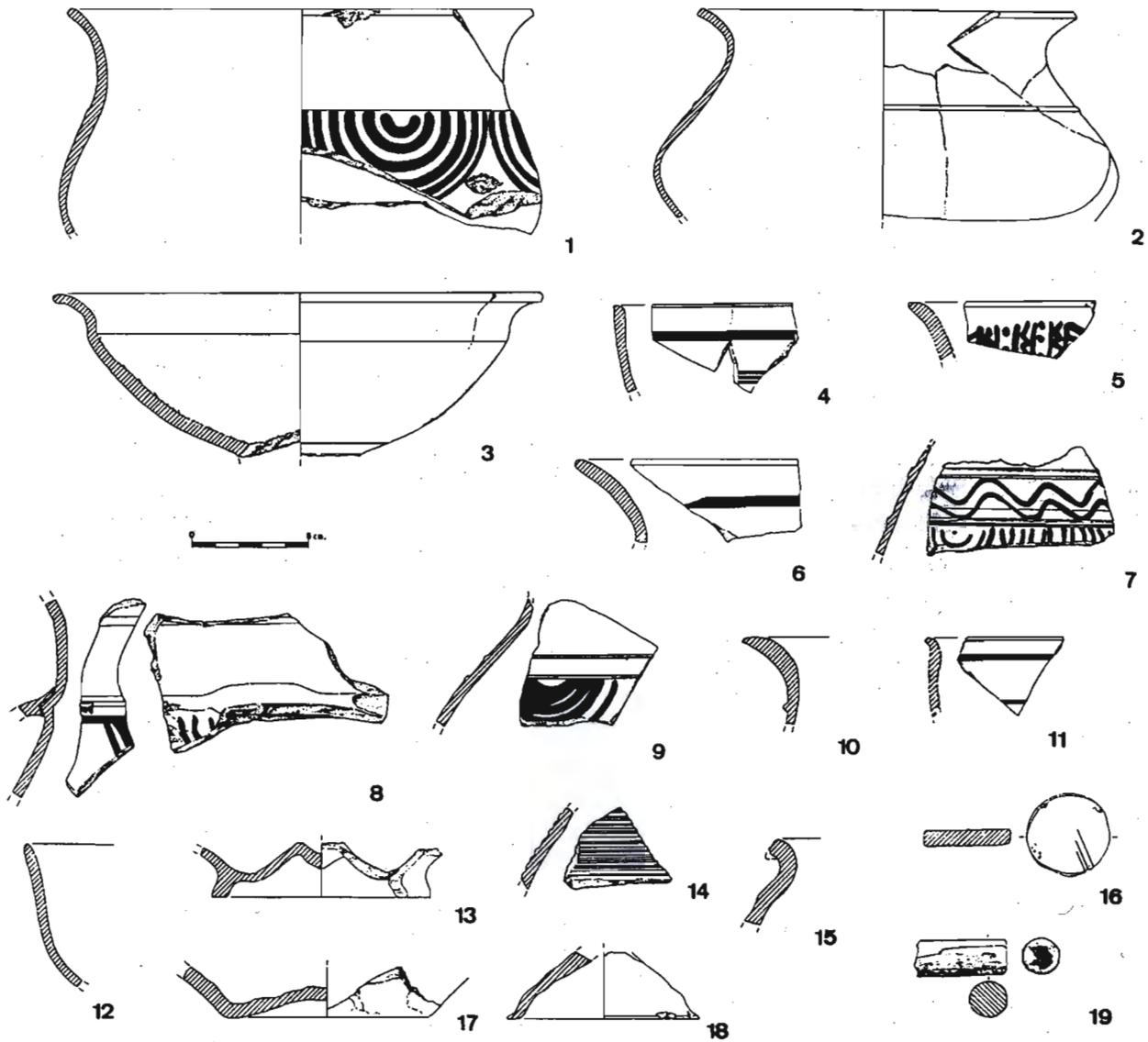


Fig. 10.—Materiales de la construcción IIa.

hileras punteadas con una línea recta horizontal (Fig. 9: 3). Perfiles idénticos encuentran representación en la tumba 20 de la necrópolis de Las Ruedas, asociados a un puñal de tipo Monte Bernorio *fase de desarrollo-1* (Sanz Mínguez, 1990b: 177-178) y a una fibula anular de tipo 2e de Cuadrado (1957: 14-15), elementos ambos que centran su datación en el s. iv a.C.

Otro ejemplar, de anchura semejante a la de los recipientes anteriores, pero con menor altura (Fig. 10: 3), recuerda perfiles de recipientes de copa, también denominados fuentes o fruteros, documentados en Roa exclusivamente entre los conjuntos clásicos (Sacristán, 1986a: 172); se encuentran en la provincia de Cuenca formas muy parecidas datadas desde el s. v al ii a.C. (Mena Muñoz, 1984: 55 y 107, Fig. 61, forma IIID), y también en la Baja Extremadura dentro del horizonte Martelá II, datadas a partir de fines del iv y pleno s. iii a.C. (Rodríguez Díaz, 1989: 187-197, Fig. 6: forma 22).

Los cuencos aparecen con cierta frecuencia en este segundo nivel. Por un lado, hallamos recipientes de pequeñas dimensiones, de perfiles hemisféricos, con bordes tendentes a la verticalidad y paredes decoradas con bandas negras, rectas y horizontales (Fig. 10: 4 y 11). Mayor interés parece presentar el cuenco de paredes rectas de borde ligeramente exvasado, y característicamente carente, tanto en este caso como en los paralelos conocidos, de decoración. Esta forma se documenta, asimismo, en la necrópolis de Las Ruedas en tumbas datables en el s. iv a.C., así como en el nivel más antiguo del horizonte celtibérico de El Soto (Wattenberg, 1959: 206).

Analizado el conjunto cerámico de este segundo nivel de Las Quintanas, al que habría que añadir diferentes fragmentos de metal, de los que es difícil discernir el objeto al que pertenecieron —que no es el caso de un posible escoplo de hierro representado en la Fig. 7: 11—, u otros utensilios líticos, como una pequeña hacha pulimentada (Fig. 7: 12), sin olvidar algún que otro fragmento de hueso trabajado (Fig. 10: 19), no creemos

equivocarnos al considerar el s. iv a.C. —dato que viene avalado al mismo tiempo por los contextos más viejos obtenidos en la necrópolis de Las Ruedas— como el momento en que se ocupa este área habitacional por un grupo cultural prerromano, los vacceos, cuyas raíces, pese a las dificultades señaladas, se hunden en el Soto II. El grado de implantación del torno sugeriría un momento pleno e incluso final de dicho siglo, que no nos parece prudente superar, en función del atavismo que manifiestan otros materiales, como las cerámicas a peine o la profusión, aún, de molinos barquiformes.

El Nivel III, superpuesto al que consideramos inicial del establecimiento celtibérico en Padilla, no plantea grandes interrogantes cronológicos, debido a lo exiguo de sus restos constructivos y materiales, cuya reducida muestra cerámica se representa en la Fig. 11. De ella, el único ejemplar de fabricación manual (Fig. 11: 3) se corresponde con un elegante vaso de cuatro asas, perfil acampanado y carena en zona media-baja, que no conserva el fondo. Se trata de una vasija de cuidada elaboración, con superficie lustrosa y decoración incisa realizada con punzón. Ésta queda circunscrita a dos zonas concretas: sobre la carena, en un baquetón conformado por sendas acanaladuras, describe una serie de trazos incisos de orientación alterna, y bajo dicho baquetón, con trazos inclinados más pequeños interrumpidos en la proyección de las asas por ángulos concéntricos con el vértice orientado hacia la base; el resto del vaso aparece liso hasta el labio y zona superior de las asas, rematadas en disco, que presentan igualmente incisiones oblicuas continuas. Este modelo parece imitar tipos metálicos, participando de una estética y morfología próximas a las que, en el ámbito mediterráneo, manifiestan las producciones toréuticas helenísticas de los comienzos del s. iii a.C. (Pfrommer, 1987: tafel 62) y que tienen claro reflejo, asimismo, tanto en la toréutica ibérica como en la celtibérica vigentes entre los ss. iii-I a.C., bien atestiguadas en los tesorillos prerromanos. Este fenómeno de imitación de vasos metálicos en cerámica se

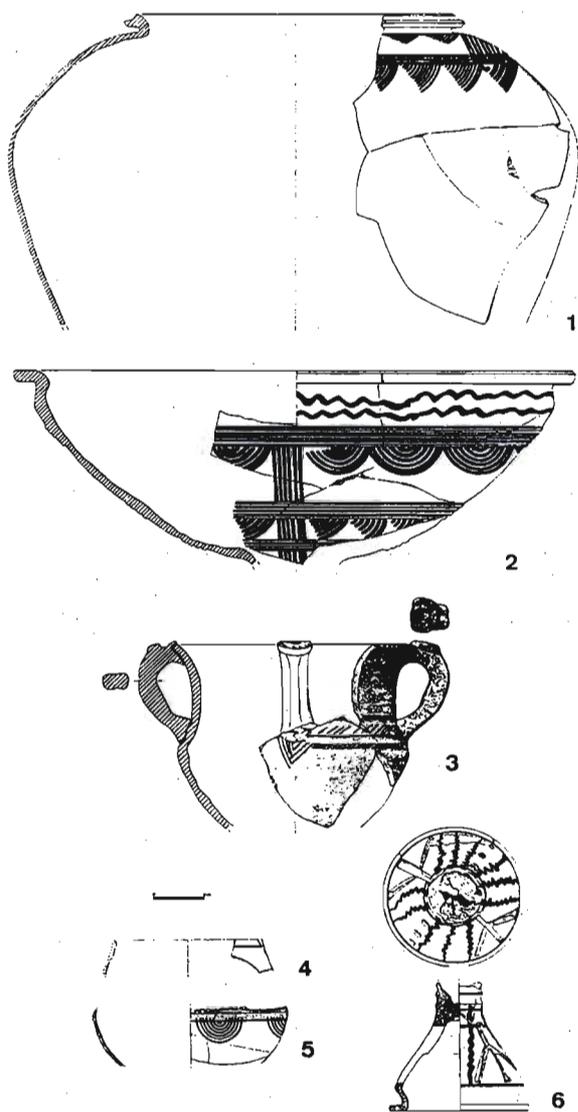


Fig. 11.—Restos cerámicos del Nivel III.

ha descrito para ciertas especies de producción ya torneada, en tonos negros, con aspecto céreo y decorados con incisiones y estampaciones, relativamente abundantes en la Meseta Norte (Esparza, 1986; Celis, 1990), que también se hallan bien representadas en Padilla (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.), asociándose a momentos sertorianos próximos al término del celtiberismo clásico. La similitud formal y estética del ejemplar de Las Quintanas respecto a estos últimos modelos considerados, unido a su propia elaboración manual y anterioridad estratigráfica, le confieren un carácter de prototipo para dicha producción torneada.

El resto del reducido conjunto reúne una variada tipología de cerámicas torneadas. En primer lugar, documentamos una enorme vasija de almacenamiento, muy incompleta, con borde cefálico y diámetro máximo próximo al borde (Fig. 11: 1). Muestra, además, decoración pictórica en dos frisos de segmentos de círculos concéntricos colgados de una línea recta horizontal, separados por una banda de estrías.

Otro modelo lo constituye la gran fuente de borde horizontal y desarrollado, con perfil muy moldurado (Fig. 11: 2), que fue utilizada para la solera del hogar de la habitación IIIb una vez que como recipiente hubo perdido su función. Este hecho le proporcionó una tonalidad marrón oscura que dificultaba el reconocimiento de los motivos decorativos, los cuales, pintados en negro, constituían cuatro frisos de líneas onduladas, semicírculos y segmentos de círculos concéntricos, en ocasiones metopados por grupos de líneas verticales rectas, y siempre separados por diferentes bandas de estrías. Todo ello conformaba un conjunto ornamental que cubría por completo la superficie externa. Como no conservaba la zona de apoyo, dudamos sobre su adscripción formal, que puede vincularse tanto a una pátera como a grandes copas o fuentes, ambos tipos documentados en Roa en plena época celtibérica (Sacristán, 1986a: 172, Figs. 13 y 14).

El fragmento de cuenco (Fig. 11: 4) correspondiente a un borde redondeado con paredes verticales e invasadas, que por toda decoración muestra una simple línea horizontal negra, y el galbo decorado con semicírculos concéntricos bajo una banda estriada (Fig. 11: 5) poseen menor interés dada la indefinición que lo conservado les proporciona.

Cierra el muestrario un alto pie de copa que aún conserva parte de un fuste acanalado (Fig. 11:6). Fue decorado con una original composición vertical metopada por cuatro grupos de líneas sinuosas pintadas en negro, entre las que se intercalan con distribución simétrica dos tipos de motivos calados: circulares alineados y rectilíneos que semejan huellas de ave. Esta técnica decorativa se halla presente, sobre recipientes con pies perfectamente configurados, ya en momentos preceltibéricos. Sin embargo, los paralelos más próximos, en el tiempo y en el espacio, al ejemplar padillense aparecen en Roa (Sacristán, 1986a: Láms. XXXIX-XL) y en Cuéllar (Barrio Martín, 1988: Lám. 49) en ambientes plenamente celtibéricos.

Las conclusiones que se pueden inferir del análisis del reducido muestrario de este Nivel III, se limitan a constatar la plena vigencia de las producciones clásicas (Sacristán, 1986a: 166-175 y 181-187), entre las que el recipiente no torneado de imitación a vasos metálicos (Fig. 11: 3) nos puede estar indicando que aún no se habría rebasado el s. II a.C., tal y como de su carácter de prototipo con respecto a los torneados de época sertoriana cabe inferir.

El Nivel IV, como ya queda dicho previamente, es el que concentra todas las alteraciones ocasionadas por las incidencias modernas. Las dificultades para aislar en un principio de la intervención arqueológica los contextos intactos, supuso cierta mezcla que obstaculiza, ahora, la adscripción con plenas garantías de determinados materiales, especialmente los que manifiestan continuidad con los productos clásicos.

Pese a estos problemas existen ciertos materiales

obtenidos sobre el pavimento de la vivienda, entre los cascotes del derrumbe, libres de cualquier sospecha. Tal es el caso de las grandes vasijas de almacenamiento (Fig. 12: 1, 2 y 5) —una de ellas parcialmente recogida por los furtivos que exhumaron ilegalmente el segundo tesoro— o de un vasito completo, de perfil globular, borde exvasado y decorado con pintura (Fig. 16: 15). Por otro lado, el análisis tipológico y decorativo de otros productos permite, sin grandes dificultades, otorgarles el beneficio de este último contexto de la estratigrafía de Las Quintanas, que, en función del atesoramiento, cabe llevar a época sertoriana. Un dato importante: la cerámica elaborada a mano no se documenta en el área de estricta fiabilidad, dato que, a pesar de su valor, ha de tomarse con precauciones, dado lo reducido del sondeo, si bien para ambientes similares de la necrópolis de Las Ruedas parece, si no totalmente desaparecida, absolutamente residual.

Digno de consideración, por cuanto de novedoso resulta en este nivel, es el cuidadísimo tratamiento bruñido, a veces de aspecto céreo, de que son objeto algunas de las piezas, lo que, pese a gozar de pastas oxidantes que les confieren tonos anaranjados o incluso claramente amarillentos (Fig. 17: 17), sirve para plantear el vínculo con las cerámicas negras o grises de imitación metálica, señaladas previamente, características de ambientes sertorianos.

Las grandes vasijas de almacenamiento, prácticamente completas (Fig. 12), con una altura próxima al medio metro, poseen fondo umbilicado con suave pie anular, diámetro máximo en su mitad superior y labios engrosados con ñada que se vuelven sobre la pared externa, sin posibilidad de insinuar, siquiera, un leve cuello. Tanto la forma como la decoración, en la que se combinan pintura y molduras, son características en Roa en contextos celtibéricos plenos y, según su investigador, raramente se encuentran en los tardíos (Sacristán, 1986a: 167, 182 y 186). También se documentan en Numancia, donde Wattenberg establece la secuencia evolu-

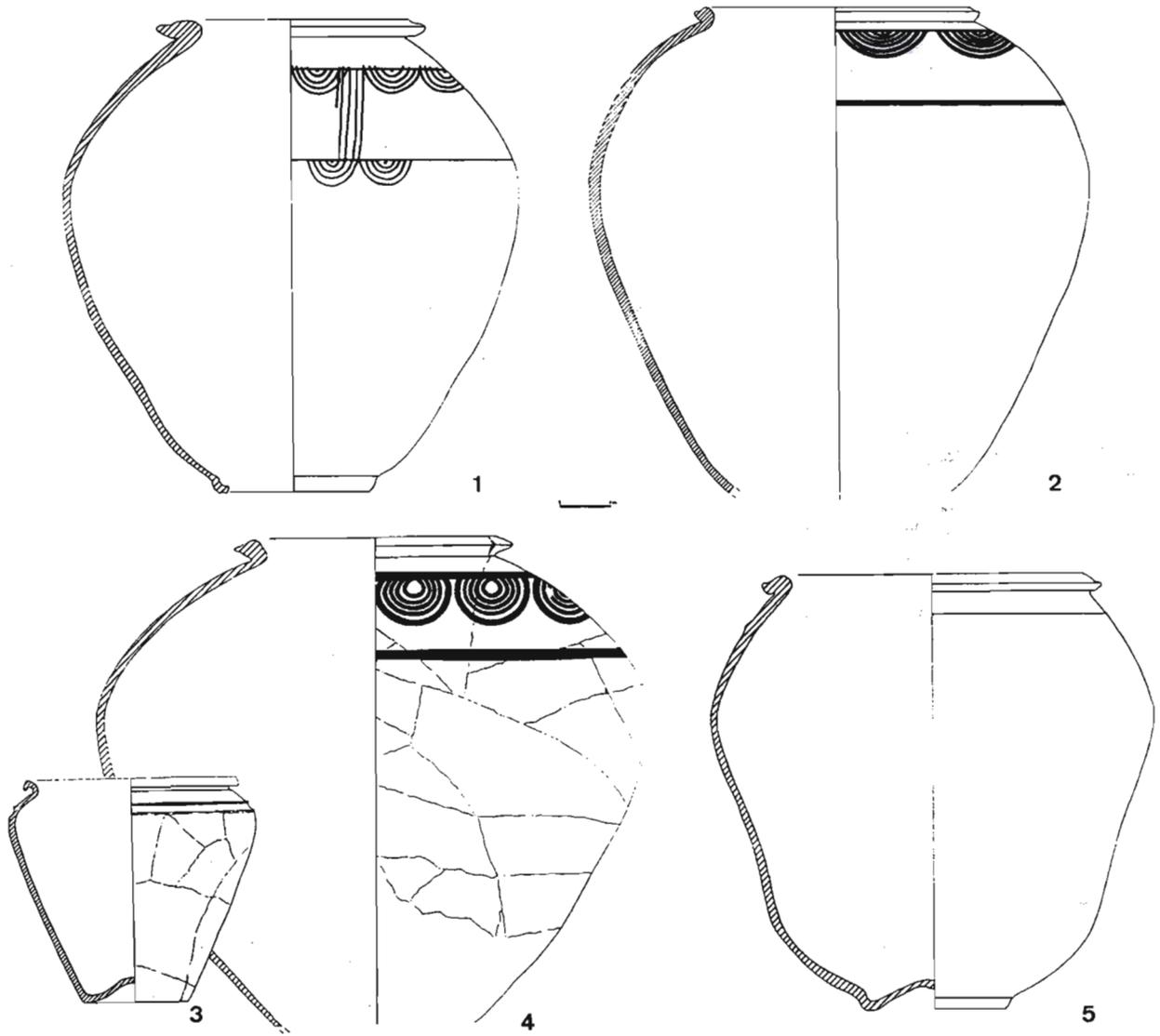


Fig. 12.—Cerámicas localizadas en la construcción IVb.

tiva de los mismos desde los tipos que presentan perfil más estilizado, con suave ondulación en sus paredes, hacia los globulares (Wattenberg, 1963: 43), es decir, contrariamente a como sucede en Las Quintanas, donde el modelo considerado más primitivo por dicho autor sólo se ha documentado en este Nivel IV.

Podríamos incluir en este mismo grupo de grandes tinajas los fragmentos representados en las Figs. 13, 14 y prácticamente todos los de la 15, por más que en las dos últimas figuras los ejemplares alcancen un desarrollo ligeramente menor. En cualquier caso, algunas formas y temáticas decorativas, constituidas por semicírculos y segmentos concéntricos, parejas de líneas onduladas, metopas de líneas verticales o los rombos encadenados en tinta llena, sugieren producciones antiguas que habrían de interpretarse, bien como perduraciones o, más probablemente, como exponentes de la alteración reiteradamente señalada para este nivel.

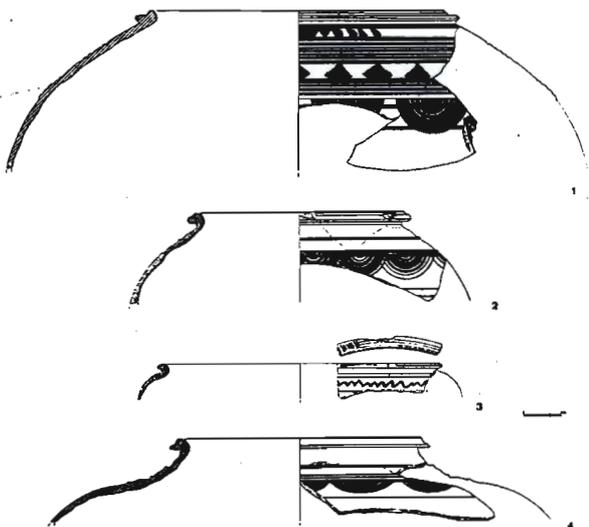


Fig. 13.—Materiales del Nivel IV.

No obstante prescindiremos del factor formal para fijar nuestra atención en el aspecto decorativo, lo que permite entrever en el lote la introducción de ciertos motivos pictóricos novedosos que, en un ambiente clásico final, pueden considerarse como el preámbulo de los conjuntos tardíos. En esta dirección han de interpretarse las SSS encadenadas (Figs. 14: 9 y 15: 10), rombos rayados (Fig. 14: 12), bandas bicromas, en tono negro y vinoso (Figs. 14: 18 y 17: 12) o composiciones más barrocas, cuya temática es difícil de comprender debido a lo fragmentado de los recipientes (Fig. 15: 10; Fig. 15: 6 y 12). Todos estos motivos encuentran paralelos en Roa (Sacristán, 1986a: 187-194) o Tariego de Cerrato (Castro y Blanco, 1975), que nos remiten a momentos previos a los conflictos sertorianos.

El mismo criterio decorativo será utilizado ahora en el análisis de otras formas de menores dimensiones, entre las que un vasito de perfil globular y borde exvasado (Fig. 16: 15) fue registrado en los sedimentos intactos de este cuarto nivel, junto a las grandes vasijas ya comentadas, en función del cual cabe asimilar al mismo estrato otros ejemplares idénticos en forma y decoración a dicho vasito (Fig. 14: 2 y Fig. 16: 11). El tipo posee una decoración harto frecuente en el complejo padillense, tanto en la necrópolis como en el sector alfarero de Carralaceña: consta de una banda recta horizontal bajo la que se sitúa, muy próxima, otra ondulada que, a intervalos, se proyecta hacia la base en forma de apéndice anguloso relleno de líneas oblicuas. Para este motivo anguloso únicamente encontramos paralelos adecuados en el nivel I de El Soto celtibérico (Wattenberg, 1959: tablas I, II y V).

Se ha reunido, asimismo, una variada tipología de vasos, entre, los que destacan algunos tulipiformes de borde desarrollado que, a través de una serie de molduras y acanalados, enlaza con el cuerpo inferior de sección hemisférica (Fig. 16: 7, 16 y 17); la superficie externa, en todos los casos, parece bruñida y puede presentar o no decoración pictórica, resultando, en el primero

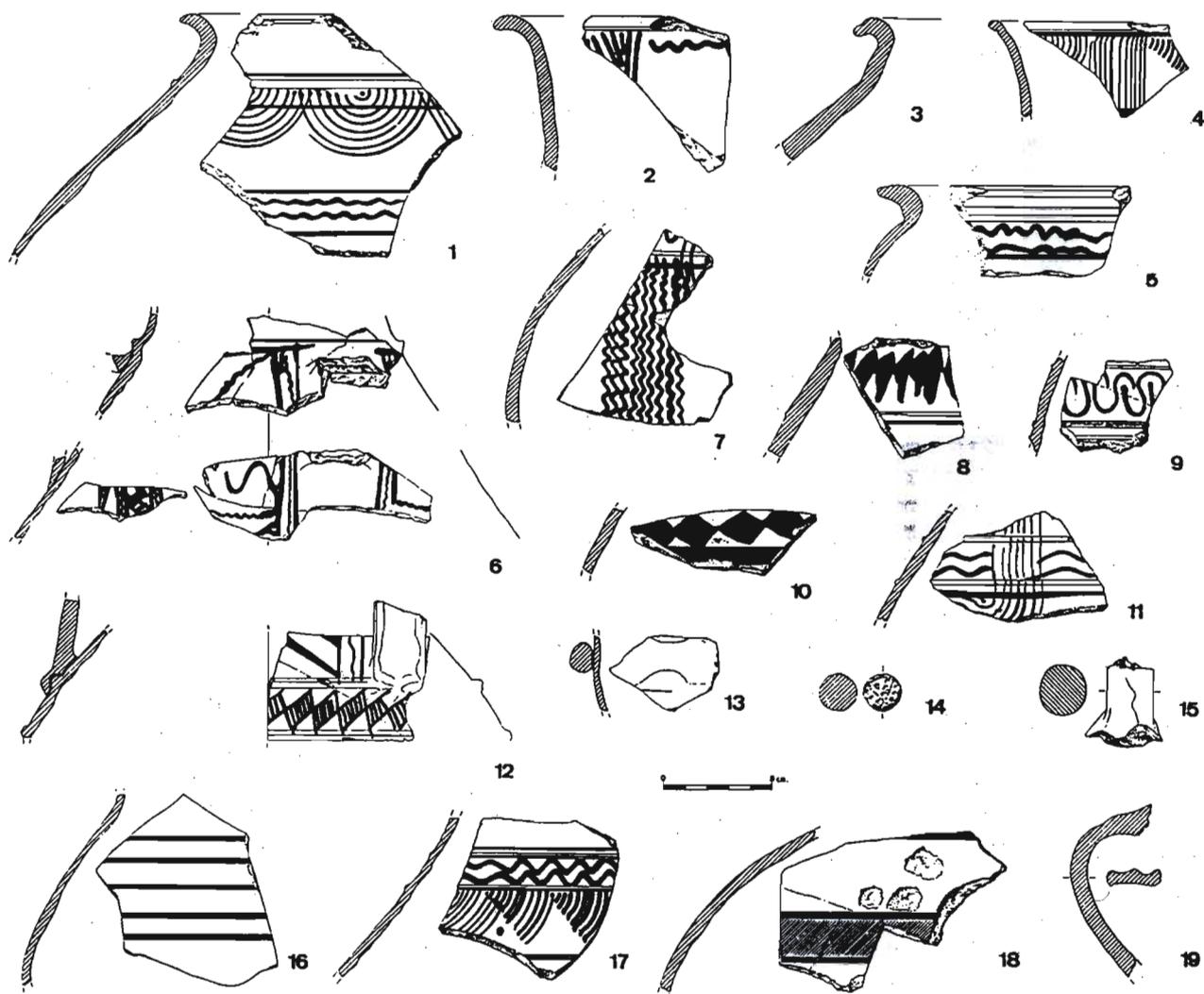


Fig. 14.—Materiales del Nivel IV.

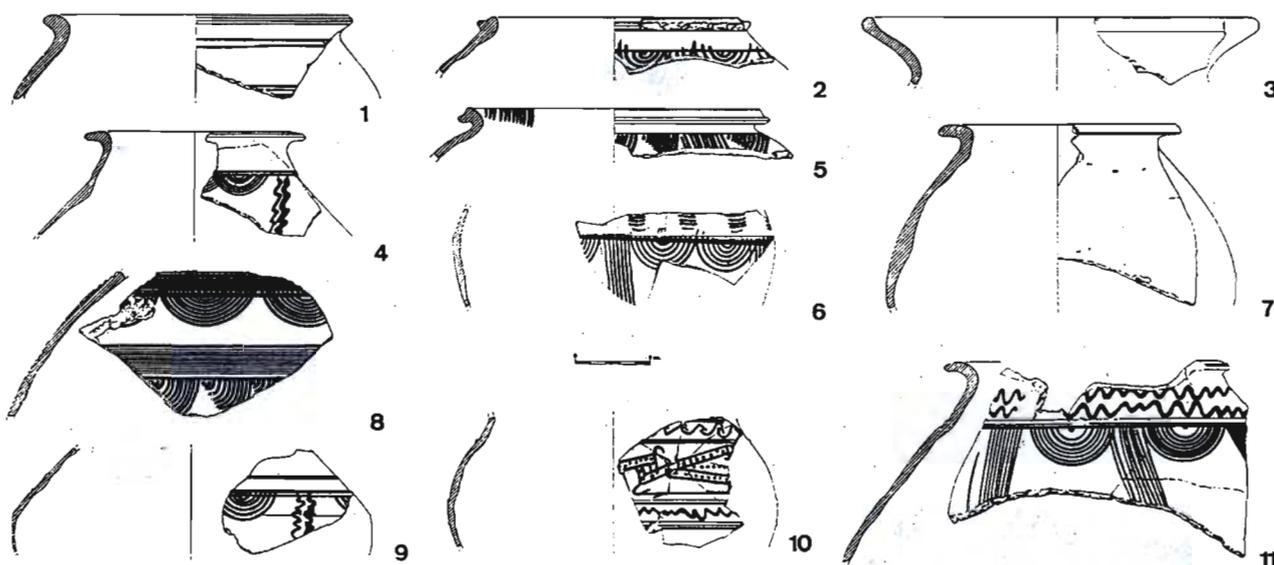


Fig. 15.—Materiales del Nivel IV.

composiciones un tanto barrocas que se extienden al interior del borde (Fig. 16: 7). Este tipo puede relacionarse con la forma II de Castiella, quien lo documenta desde finales del s. IV a.C. hasta la llegada de los romanos (1977: 319, Fig. 258); también aparece en Simancas en ambiente del s. I a.C. (Wattenberg García, 1978: forma XIII A).

Otros modelos cuenquiformes denuncian perfiles hemisféricos con borde ligeramente invasado (Fig. 16: 8 y 10), presentes ya en niveles inferiores del mismo sondeo (Fig. 8: 4 y 11), así como en ambientes contemporáneos como la necrópolis de Carralaceña (Sanz Mínguez, Gómez Pérez y Arranz Mínguez, e.p.), lo que sugiere un importante incremento, en estos momentos, en la producción de dicho tipo. Por otra parte, también hallamos cuencos de borde reentrante, con motivos pictóricos más elaborados pero por ello no infrecuentes (Fig. 16: 2-6). Finalmente, resta comentar el modelo de paredes ver-

ticales, levemente reentrantes (Fig. 16: 9, 12 y 14) que, a pesar de no hallarse completo, guarda semejanza con la forma XVII A de E. Wattenberg, recogida en el primer nivel celtibérico de El Soto (Wattenberg García, 1978: 32-33 y 59) y no documentado con anterioridad en nuestro sondeo. Tampoco apareció en éste, y ello nos sorprende, una forma similar con baquetón sobre la carena, borde recto y desarrollado, levemente invasado, y cuyo labio se engrosa al exterior. Este modelo se halla, sin embargo, bien representado en Carralaceña y Las Ruedas en contextos muy próximos y que se paraleliza con las formas XVII A y XVIII B de E. Wattenberg (1978: 58-61).

El modelo de copa, con cálices tanto de tipo hemisférico (Fig. 17: 1-3, 5, 11, 13 y Fig. 16: 13) como de cuello vertical con borde horizontal (Fig. 17: 4, 6 y 14), aparece indistintamente, y con pies y bases semejantes (Fig. 17: 18, 19 y 22), en los niveles II y IV. Esta circunstancia,

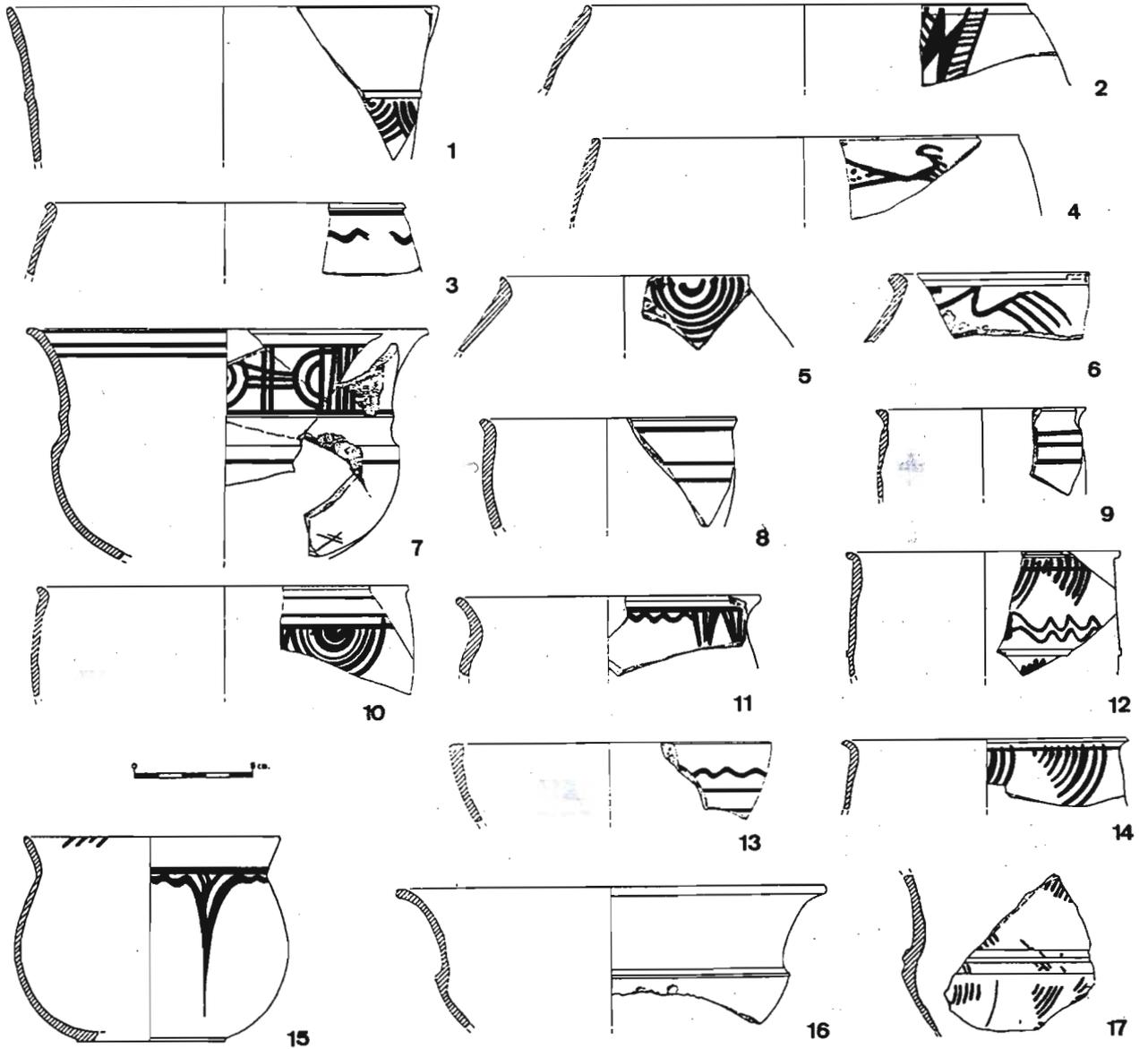


Fig. 16.—Materiales del Nivel IV.

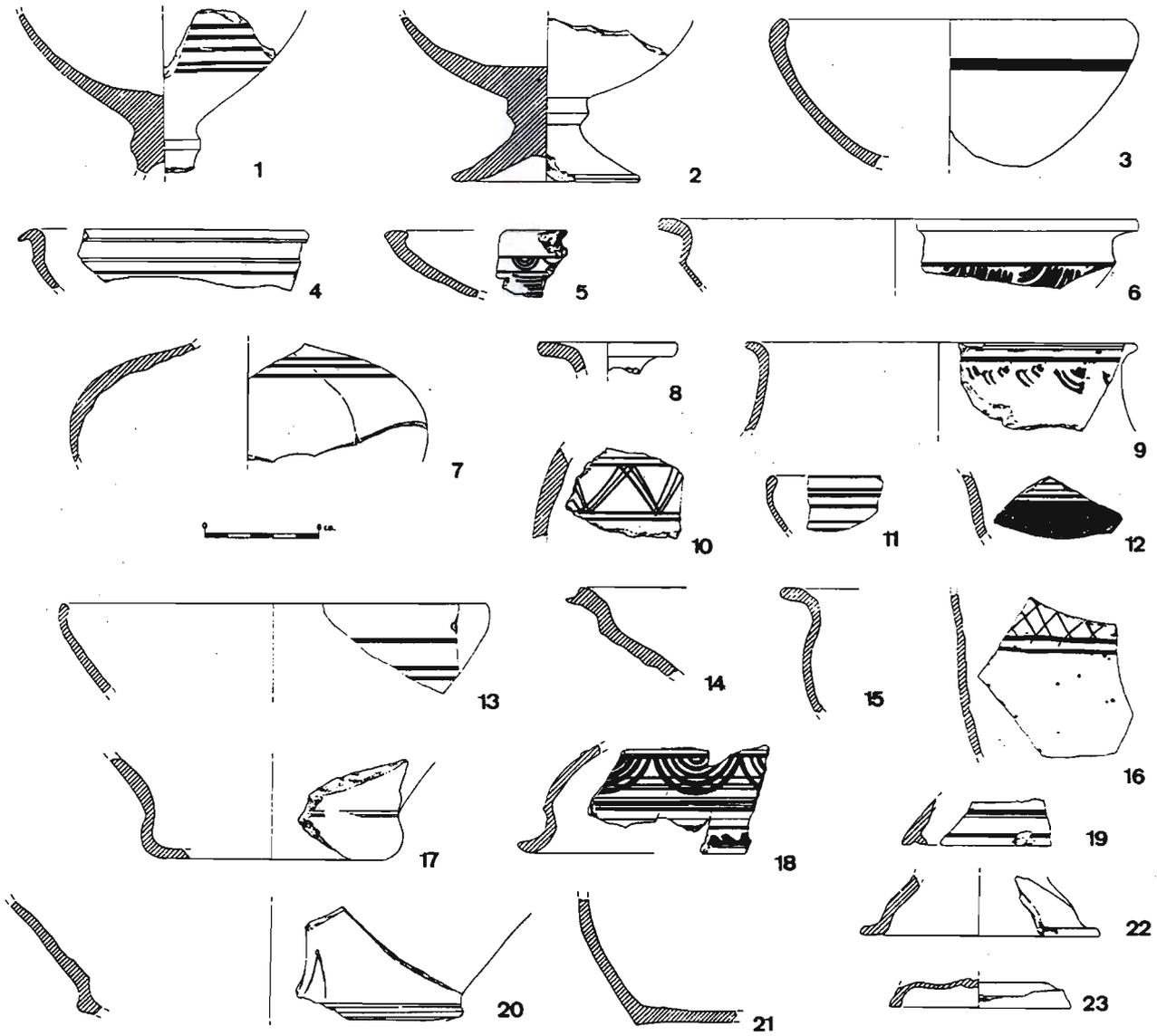


Fig. 17.—Materiales del Nivel IV.

apoyada por el testimonio de Rauda, donde el segundo tipo de recipiente no sobrepasa la etapa clásica (Sacristán, 1986a: 172), aconseja tomar precauciones sobre la correspondencia de estas últimas piezas al nivel analizado.

Por otro lado, la presencia de dos fragmentos de botella (Fig. 17: 7 y 8), pese a no documentarse en los niveles infrayacentes, tampoco dilucida su atribución estratigráfica, pues aunque el modelo se encuentra en el nivel I de El Soto (Wattenberg, 1959: tabla IV; forma VIII de Wattenberg García, 1978), parece igualmente clara su presencia en contextos antiguos (Sacristán, 1986a: 177; Barrio, 1988: 329).

Finalmente, queremos llamar la atención sobre un posible fragmento de taza (Fig. 16: 1) que, siguiendo la tipología de Castiella, a cuya forma 6 corresponde, es característica de las producciones ibéricas y se relaciona directamente con las primeras cerámicas torneadas de Navarra y La Rioja desde comienzos del s. iv a.C. (Castiella, 1977). No obstante, la existencia de paralelos entre las producciones numantinas (Wattenberg, 1963: 45, tabla XXXVII: 1024-1027) plantea, de nuevo, serias dificultades para valorar en los contextos padillenses su vinculación estratigráfica.

Antes de pasar a comentar la producción tosca, hemos de añadir otro testimonio en favor de una datación tardía, que no tardoceltibérica, de este Nivel IV. Se trata de dos grafitos realizados con técnica incisa sobre la pared de dos recipientes, en una zona próxima al asiento. El primero de ellos representa el silabograma *ta* (Fig. 16: 7), mientras que el otro podría interpretarse como la letra *l* (Fig. 17: 20). Estos grafitos celtibéricos breves, de letras sueltas o abreviaturas, se documentan con relativa frecuencia entre los recipientes cerámicos numantinos, alcanzando incluso las producciones de sigillata (Wattenberg, 1963). Javier de Hoz (1986: 58), aunque señala la escasez de datos arqueológicos para suscribir la idea general de que los mismos han de corresponder a fechas avanzadas, se hace eco de las propuestas por Wattenberg

entre época sertoriana y augustea. Por nuestra parte, podemos señalar al respecto, que en la necrópolis de Las Ruedas hacen acto de presencia a partir de contextos avanzados, que cabría situar en época sertoriana o inmediatamente previa, coincidiendo, pues, con el contexto que arroja este Nivel IV de Las Quintanas.

La producción común torneada, por su parte, ha incrementado su representación, por cuanto que el volumen de hallazgos es superior al que venimos observando desde el Nivel II, dato que, sin embargo, pierde significado si nos remitimos a la ya comentada mezcla de materiales operada en este último sector. El conjunto resultante (Fig. 18: 1-4 y 9) guarda grandes similitudes con el documentado en Roa —yacimiento en el que aparecen los paralelos más inmediatos— en lotes de plena época celtibérica, entre los que algunos ejemplares (semejantes al de la Fig. 18: 9), de superficie más alisada y con bordes exvasados de labio plano, jamás aparecen en contextos tardíos (Sacristán, 1986a: 198-200). Contrariamente, en el mismo muestrario de piezas toscas de Las Quintanas, encontramos una forma abierta (Fig. 18: 6) de posible origen romano, así como un único ejemplar de plato de legionario (Fig. 18: 10) y algún que otro fragmento tosco (Fig. 18: 7 y 8) que debemos relacionar con el Nivel V, definido, sobre todo, por su manifiesta esterilidad de materiales.

#### 4. CONSIDERACIONES FINALES

El sondeo de urgencia realizado en Las Quintanas en 1985 proporcionó, además del primer contexto material para un tesoro celtibérico que se conozca hasta el presente, una aproximación inicial a la historia del yacimiento, si bien, como cabe esperar en las estratigrafías de lugares de habitación, plagada de discontinuidades, ya que si tipológicamente el ambiente del Nivel II admite una datación del s. iv a.C. —probablemente en un

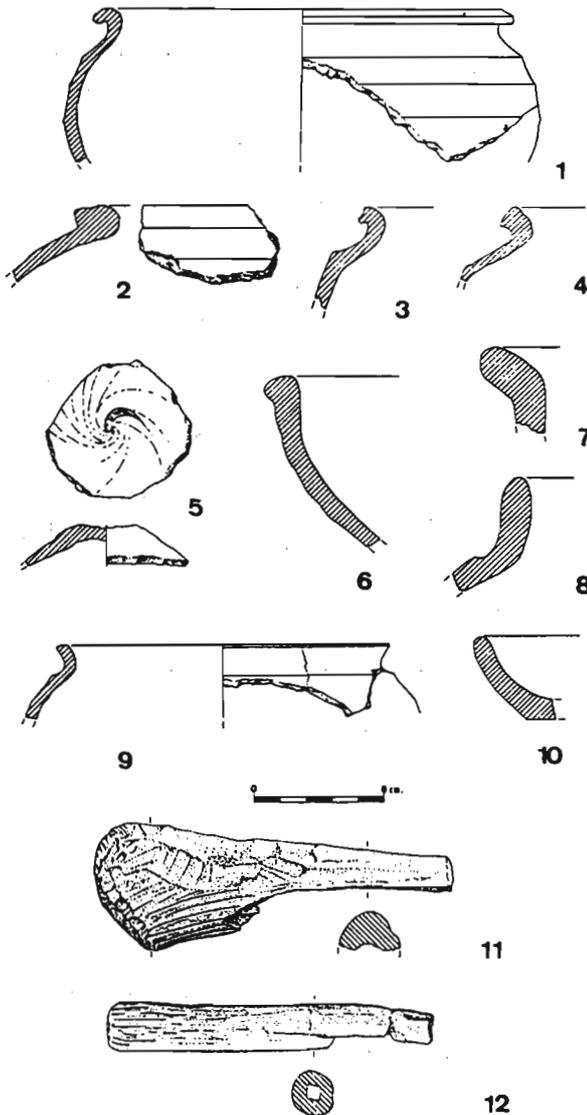


Fig. 18.—Diversos restos materiales de los Niveles IV y V.

momento pleno del mismo—, y el del Nivel IV de época sertoriana, difícilmente el Nivel intermedio cubriría el lapso de tiempo existente entre ambos<sup>3</sup>.

Especialmente significativa e interesante nos parece la evolución de la cultura material constatada a lo largo de la estratigrafía, si bien hay que lamentar la casi total alteración del nivel intermedio que, por su situación estratigráfica, pudiera haber pulsado las tendencias materiales entre ambos extremos. En el marco de las estructuras las valoraciones son mínimas, por no decir nulas, en términos comparativo-secuenciales, ya que a la mala conservación de todas ellas —excepción hecha de una de las viviendas correspondiente al nivel II— se une la reducida perspectiva proporcionada por el sondeo.

A fuerza de ser simplistas para caracterizar, con unas breves pinceladas, la cultura material de los niveles aislados, diremos que el segundo de ellos se equipara con el también segundo nivel establecido en la necrópolis de Las Ruedas, como queda recogido en este mismo volumen, caracterizándose por una cerámica torneada perfectamente implantada, en proporciones incluso mayores que las elaboradas a mano (aunque este dato pueda obedecer a cuestiones puntuales de la funcionalidad del ambiente excavado), destacando productos de barro amarillentos engobados y característicamente espatulados en su tercio inferior, recipientes de almacenajes de perfiles abombados hacia la mitad de su desarrollo y otros de menores dimensiones en forma de cuencos simples, fuentes o de vasos o copas con pie bajo de perfiles en ese. En la cerámica elaborada a mano manifiestan una presencia importante las especies peinadas en un momento de clara barroquización, aunque el hecho de

<sup>3</sup> Relegamos a una nota las fechas de C-14 obtenidas en el laboratorio de Groningen para el Nivel II de Las Quintanas, a partir de maderas quemadas conservadas en los 2 hoyos de poste de la estructura IIa. por la escasa valoración que de ellas cabe plantearse, incluso acudiendo a su calibración. Los resultados son los siguientes:

GrN-14099	Las Quintanas PD/Q/85/N-50/II-1	2640 ± 30 BP
GrN-14100	Las Quintanas PD/Q/85/N-50/II-2	2470 ± 30 BP

que por encima de este nivel no se constaten tampoco autoriza para suponer que estamos en los últimos momentos de las mismas y sí a pensar en las discontinuidades aludidas<sup>4</sup>. Finalmente, la presencia de molinos barquiformes en la vivienda mejor conservada, constituye un elemento más de apoyo a dicho ambiente arcaico.

Una última reflexión cabe plantearse respecto a este nivel II, y ésta es la de su caracterización, o no, como primigenio en el desarrollo del asentamiento vacceo. Nos hemos expresado líneas atrás afirmativamente, no sin acudir inmediatamente a nuestra mente cierta falta de correlación respecto a los niveles más antiguos de la necrópolis de Las Ruedas, que creemos pueden llevarse a los inicios del s. IV a.C. A la espera de que nuevos sondeos proporcionen niveles más antiguos de los hasta ahora obtenidos en el poblado, puede barajarse la hipótesis de que continente y contenido fueran en parte diacrónicos, es decir, que las estructuras documentadas se hubieran levantado en un momento previo al ambiente cultural existente en el momento de su destrucción; la presencia de pavimentos recrecidos apuntaría en esta dirección.

Sobre el fenómeno de incendio atestiguado en este nivel es difícil aún pronunciarse. Por Hernández y Alejandro sabemos de lo generalizado del fenómeno en Las Quintanas, sin embargo, la carencia de referencias estratigráficas impide pronunciarse para estos niveles profundos sobre la dimensión del mismo y, lo que parece más importante, sobre su carácter fortuito —pensemos que la propagación del fuego dentro de estructuras próximas y ricas en materiales de alta combustibilidad no debió de ser un hecho infrecuente, lo que llevó incluso a

alejar a la ribera contraria actividades peligrosas como la alfarera— o político. En cualquier caso, y para estos momentos, difícilmente puede pensarse en el socorrido recurso de las campañas romanas sobre el territorio, por lo que habría que inclinarse bien por lo fortuito del incidente, bien por guerras intestinas entre pueblos de la Meseta. Un dato complementario, de confirmarse el carácter de granero de la estancia IIa, donde se hallaban los recipientes de mayores dimensiones y un nutrido conjunto de molinos barquiformes, es la ausencia total de grano que nos pondría en la pista de que la desgracia sobrevino en un momento previo a la cosecha de los campos, contrariamente a como se atestigua en los niveles sectorianos en otras áreas del poblado, con silos repletos de trigo carbonizado.

Por su parte el Nivel III, por sus malas condiciones de conservación, apenas sirve para apuntar la presencia aún de producciones manuales y un ambiente “clásico” de cerámicas celtibéricas que, en función de aquel recipiente de imitación metálica, cabría llevar a los siglos III-II a.C.

En el Nivel IV, finalmente, vemos se han operado cambios significativos en la cultura material, con la introducción de producciones de pastas muy cuidadas, incluso de aspecto céreo, y temáticas decorativas tales como los motivos angulosos concéntricos proyectados hacia la base, o los rombos rellenos de trazos, eses encañadas o la bicromía de algunos recipientes que nos remiten a contextos bien atestiguados al mismo tiempo en la necrópolis y alfares de Carralaceña o en el cementerio de Las Ruedas. La práctica desaparición de la cerámica elaborada a mano —esperamos a la realización de sondeos más amplios que nos permitan sancionar el dato— es otro punto a destacar. La destrucción de Las Quintanas por un fuerte incendio —mejor documentado en otras áreas excavadas del yacimiento, en las que estos niveles aparecían protegidos por otros más superficiales— y la vinculación de los tres tesorillos aparecidos en Padilla a estos mismos niveles, parece autorizar en esta

<sup>4</sup> Manifestamos nuestra reserva respecto al final de estas producciones coincidiendo con el Nivel III de El Soto (1959: 178), ya que en la necrópolis padillense de Las Ruedas aislamos un horizonte de peine impreso simple, similar al desarrollado en Cuéllar y posterior al representado en este Nivel II de Las Quintanas, con el que el nivel soteño aludido muestra tan estrechos lazos.

ocasión una explicación política para el fenómeno que habitualmente se ha puesto en relación con los conflictos sertorianos.

Con todo, los paralelismos con los niveles celtibéricos de El Soto de Medinilla son tan estrechos que, incluso, cabría plantearse la dimensión regional de ciertos conflictos cruentos que conformaron, en ambos yacimientos, estratigrafías y ambientes materiales muy semejantes.

Evidentemente resta mucho aún para comprender la evolución de este importante núcleo vacceo. Sondeos en diversos puntos del mismo y muy especialmente en la zona de la muralla o en el barrio situado en la terraza su-

perior de Carralaceña, al otro lado del Duero, son irrenunciables para comprender las pautas del poblamiento y discriminar adecuadamente el momento de la formación de estas grandes aglomeraciones humanas, sin comparación en el entorno cultural y cronológico en que nos movemos. Con la presentación del sondeo de urgencia realizado en 1985, pretendemos poner una primera piedra —a buen seguro no la angular— para construir y comprender la evolución local de un proceso —la Celtiberización— que, pese a su familiaridad, permanece aún hoy virtualmente desconocido, probablemente a causa de los todavía escasos datos de naturaleza estratigráfica con que contamos.